12. EL LEGITIMISMO EUROPEO 1688-1876.

ALFONSO BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA
Universidad San Pablo-CEU. Madrid.

Jacobitas, vandeanos, miguelistas, carlistas y brigantes: he aquí los nombres de los protagonistas de los más conocidos movimientos armados de la contrarrevolución europea. Todos ellos evocan luchas despiadadas y gestas románticas, acompañadas de un muchas veces completamente previsible fracaso final. Su estudio comparado, que hasta la fecha no ha sido emprendido de forma conjunta,[1] puede aportar nuevas luces (y también nuevas sombras, que al final también son luces), sobre todos y cada uno de estos movimientos, permitiéndonos ver hasta qué punto las cuestiones de debate son o no las mismas, y si han tenido idénticas respuestas. Sin embargo, y antes de hacer una primera aproximación al tema que nos ocupa, no estará de más hacer algunas observaciones.

---

[1] La única excepción que conocemos es el curso de verano celebrado bajo la dirección del profesor Joaquim Veríssimo Serrao y la mía propia en la Universidad Complutense de Madrid en agosto de 1993, con el objetivo de poner en contacto a especialistas en temas tan próximos, y al mismo tiempo tan distantes, y que acaba de ver la luz hace escasos meses: Joaquim VERÍSSIMO SERRAO y Alfonso BULLÓN DE MENDOZA, *La Contrarrevolución Legitimista (1688-1876)*, Madrid, Editorial Complutense, 1995. Comparaciones parciales, utilizadas ampliamente para elaborar este artículo, pueden verse en Alfonso BULLÓN DE MENDOZA, «Las guerras de Vendée y las guerras carlistas», *Congreso Internacional Repercusiones de la Revolución Francesa en España*, Universidad Complutense de Madrid, 1990, pp. 473-492 y Alfonso BULLÓN DE MENDOZA, «Carlismo y Miguelismo» en *Portugal e o mundo -do passado ao presente-. Actas dos I cursos internacionais de verao de Cascais*, Câmara Municipal de Cascais, 1995, pp. 179-207.

En primer lugar, los movimientos mencionados corresponden a la contrarrevolución armada, quedando fuera, por tanto, los movimientos de carácter puramente ideológico, y algunos de los pensadores más importantes de la contrarrevolución europea. Ninguno de ellos, como ya hemos mencionado, fue capaz de alcanzar el triunfo, pero esto no debe llamarnos a error, pues en su larga historia la contrarrevolución alcanzó varias e importantes victorias. Tal fue el caso de la obtenida por la coalición antinapoleónica que implantó un mundo restaurado, como ciento cincuenta años antes hiciera en Inglaterra el general Monk. Ya en épocas posteriores habría que hacer mención a la caída de los primeros regímenes liberales en Nápoles, Piamonte, España, Portugal... De hecho, la implantación del liberalismo en la Península Ibérica, tras las derrotas de don Miguel y don Carlos, parece marcar un punto de inflexión en la dinámica revolución-contrarrevolución, que parece empezar a decantarse por el primero de los términos, aunque, eso sí, sin demasiadas prisas.[2] Probablemente, una de las causas de las derrotas de los movimientos mencionados resida en la que puede considerarse una de sus principales señas de identidad: su carácter legitimista.

En efecto, todos ellos representan una determinada opción dinástica (incluso de régimen, en el caso de la Vendée), que se opone a la presentada por la revolución. En Gran Bretaña, es la defensa de los Estuardos contra la usurpación de Guillermo de Orange y, a la muerte de la Reina Ana, de la casa de Hannover; en Portugal se trata de mantener los derechos del Rey don Miguel I contra los de su sobrina doña María de la Gloria, caso muy similar al que ocurre en España entre los partidarios de don Carlos y de Isabel II; en Nápoles, lo que comienza con el pretexto de una revuelta liberal autóctona, con «un poco» de ayuda exterior, acaba con la invasión piamontesa y la colocación en el Trono de la dinastía de Saboya. En Portugal, en España y en Nápoles, absolutistas y liberales habían combatido hasta entonces por el mismo monarca, aunque entendieran de forma diferente la forma en que había que desempeñar el poder. Esta unanimidad se romperá al tener cada opción política su propio candidato a la corona. En Nápoles, donde la usurpación es manifiesta, el Rey Víctor Manuel garantiza el mantenimiento del orden y de una política conservadora que, reprimiendo duramente a los demócratas meridionales, se ganará si no el apoyo, al menos la indiferencia, de quienes de otra forma hubieran podido mostrarse mucho más activos. En la Península, personas que no tenían nada de liberales, pero que creían sinceramente en los derechos de doña María de la Gloria y de Isabel II, se unen a una causa que acaba conduciendo al triunfo de un régimen por el que no

---

[2] No estará de más hacer aquí una referencia al libro de Arno J. MAYER, *La persistencia del Antiguo Régimen*, Madrid, Alianza Universidad, 1984.

sentían la menor simpatía, debilitando así las posibilidades del absolutismo en sus respectivos países.

Por otro lado, y por más que presenten rasgos comunes, los legitimismos europeos tienen, de entrada, importantes diferencias que no estará de más recordar cómo son, fundamentalmente, sus fechas y su situación de partida. Entre 1688 y 1876 han transcurrido cerca de dos siglos, o sea, pocos años menos que los que nos separan de la revolución francesa, que se nos antoja tan lejana y nos resulta tan difícil de comprender, como ha evidenciado la fuerte polémica habida con motivo de su bicentenario. Además, en el momento de iniciar la lucha contra la revolución Jacobo II, Miguel I y Francisco II se encuentran en el trono, mientras que carlistas y vandeanos han de sublevarse contra el poder establecido, lo que explica algunas de sus peculiaridades, aunque no debe olvidarse que el rápido hundimiento de los Estuardos y de los Borbones de Nápoles hacen que sus seguidores tengan que afrontar pronto el combate sin contar con las ventajas que su posición inicial parecía ofrecerles, como ocurrirá en el caso portugués cuando el levantamiento de María da Fonte.

Prescindiendo del aspecto puramente dinástico, que en la mayoría de los casos está sobradamente claro, y que no reviste mayor interés para el objeto de nuestro estudio, nos centraremos en los aspectos bélicos (es evidente que las guerras se deciden en gran medida sobre los campos de batalla), en la ideología, y en la composición social de los diversos movimientos legitimistas, así como en un somero análisis de las causas de su fracaso.

I. ASPECTOS BÉLICOS.

1. La contrarrevolución en el poder.

Una primera cuestión a remarcar es que pese a su fragilidad la caída de los Estuardos británicos, de don Miguel en Portugal, y de los Borbones en Nápoles es consecuencia de una intervención extranjera o, al menos (como ocurre en Portugal), de una invasión preparada desde el exterior por exiliados que cuentan con abundante ayuda internacional. Es hecho digno de tener en cuenta, pues pese a la debilidad real que demostraron estos regímenes, la necesidad de un fuerte apoyo externo indica la incapacidad de los oponentes interiores para conquistar el poder por sí solos.

Tal vez el caso más llamativo sea el de Gran Bretaña. El 5 de noviembre de 1688, al frente de 15.000 hombres, Guillermo de Orange desembarcaba en Tor Bay. Casado con una hermana de Jacobo II, el príncipe holandés había aceptado gustosamente la invitación cursada por «los siete inmortales» (dos *tories* y cinco *whigs*), para obligar a su cuñado a introducir cambios en su

política personalista y de apoyo a los católicos. En principio, por tanto, no se pensaba en un cambio de monarca, y Guillermo de Orange se consideraba suficientemente premiado con conseguir un cambio de la política exterior británica, que en los últimos años se había acercado más y más a uno de sus grandes enemigos: Luis XIV. Agentes *whigs* y orangistas se introdujeron dentro de las filas del ejército real, que experimentó numerosas deserciones, pues se hizo correr la voz de que si el Rey triunfaba acabaría con el protestantismo y, muy especialmente, con la Iglesia de Inglaterra. Los intentos de Jacobo II de evitar lo que podía ser una nueva guerra civil y llegar a una paz negociada fueron inútiles dada la pronta evolución de los hechos y, por qué no decirlo, su vacilante y timorata actitud, que le llevó a huir de Inglaterra sin intentar la lucha.[3] Así, el jacobitismo propiamente dicho comienza tras la caída de la monarquía de los Estuardo, cuando el destronado monarca y los más ardientes de sus partidarios se lanzan a recuperar lo que tan fácilmente habían entregado. Por ello, y aunque en un principio pueda parecer paradójico, consideramos más acertado estudiar este movimiento entre los que surgen de una revuelta contra el poder, que entre los que comienzan su lucha desde el mismo.

A. *El Miguelismo.*

A comienzos de 1828, merced a su condición de lugarteniente del Reino, y antes de dar el golpe de estado que le llevaría a la corona, D. Miguel depura el ejército portugués de los oficiales que se consideraban más afectos al liberalismo. Otros muchos habían pedido su baja al saber el regreso del Infante. La guardia nacional fue disuelta y sustituida por los voluntarios realistas y las guardias municipales. También los funcionarios civiles sufrieron un amplio proceso de depuración, garantizándose así el nuevo monarca el control del aparato del Estado.

A pesar de todo, no faltaron opositores a sus propósitos. El 16 de mayo de 1828 se produjo una sublevación militar en Oporto que no tardaría en ser secundada en varias ciudades del Norte de Portugal. El 26 de junio llegan desde el extranjero, para dar fuerzas a la insurrección, el duque de Palmela y los generales Vila Flor y Saldanha, pero el 3 de julio se ven obligados a reembarcar en el *Belfast* (de aquí el nombre de *Belfastada* con que suele deno-

---

[3] Cfr. Robert BEDDARD (ed.), *The Revolutions of 1688*, Oxford, Clarendon Press, 1991. Un breve y claro resumen de la polémica historiográfica actual sobre el auténtico carácter de «la Gloriosa Revolución» puede verse en Bernard COTTRET, Eveline CRUICKSHANKS y Charles GIRY-DELOISON, *Histoire des îles Britanniques XVI-XVIII siècles*, Éditions Nathan, 1994, pp. 161-168.

minarse este alzamiento) y los miguelistas ocupan Oporto. El 7 de julio el grueso de las tropas liberales cruza la frontera y se refugia en Galicia, mientras que la guarnición de Almeida se ve obligada a capitular el día 21. Menos importantes parecían, por aquel entonces, los acontecimientos ocurridos fuera de la Península. El 12 de junio se pronunciaba la guarnición de Terceira y el 22 era Madeira quien se adhería a la Junta de Oporto, aunque en la última de estas islas no tarda en dominarse la revuelta.

Por increíble que pueda parecer el gobierno miguelista se muestra incapaz, durante un período de cuatro años, de reconquistar Terceira, donde poco a poco se van concentrando los liberales portugueses y varios centenares de voluntarios extranjeros.

En noviembre de 1831 el ejército miguelista se componía de 80.000 hombres, entre los que había 18.400 voluntarios realistas y 27.600 milicianos.[4]

El 8 de julio de 1832 don Pedro desembarcó junto a Oporto, procedente de Azores, al frente de unos 8.000 soldados. La guarnición miguelista abandonó la plaza, que fue ocupada de inmediato. En los días siguientes quedó de manifiesto que si bien las tropas de don Pedro no eran capaces de ampliar su ámbito de operaciones, tampoco las de don Miguel eran capaces de recuperar la ciudad del Duero, que no tardaron en sitiar. Aunque la situación de los liberales fue en ocasiones bastante apurada, la activa cooperación de la flota liberal, que hacía llegar de manera intermitente hombres y pertrechos, permitió que Oporto pudiera resistir. En mayo de 1833, de los 8.900 hombres que constituían el núcleo de la guarnición más de cuatro mil eran extranjeros, sin cuyos continuos reemplazos la defensa se habría hecho imposible.[5]

La intervención extranjera, cuyo peso fue sin duda decisivo en el devenir de la guerra, tuvo también un espléndido exponente en la marina de don Pedro, que con tripulaciones inglesas, y bajo las órdenes del almirante Napier, derrotó por completo a la flota miguelista el 5 de julio de 1834.[6]

Decir que la mayor parte de los mandos miguelistas eran de una capacidad menos que mediana, no es sino recoger lo que ya en la época comen-

---

[4] Sobre su distribución puede verse William BOLLAERT, *The wars of Succession of Portugal and Spain, from 1826 to 1840, with a resume of the political History of Portugal and Spain to the present time,* London, 1870, tomo I, pp. 98-99 y OLIVEIRA MARTINS, *Portugal Contemporâneo,* Porto, Lello & Irmao, 1981, tomo I, p. 247.

[5] BOLLAERT, *op. cit.*, tomo I, p. 244.

[6] Una amplia narración del combate en NAPIER, *An Account,* tomo I, pp. 192-208. Anteriormente, en julio de 1831, y dentro de las disensiones entre los regímenes de don Miguel y Luis Felipe, una escuadra francesa había forzado el Tajo, apoderándose de parte de la flota lusa.

taban los contendientes de ambos bandos al hacer referencia a todas y cada una de las acciones de la guerra, así como a su planteamiento general. Bourmont y los oficiales franceses que llegaron en los últimos momentos de la contienda fueron incapaces de enderezar su curso, como también le ocurrió a Macdonnell, que no tardó en dimitir.

El 20 de junio de 1833, siguiendo el plan propuesto por Napier, el duque de Terceira embarcaba con destino al Algarve al frente de 2.500 hombres. El 24 desembarcaba en las proximidades de Tavira y poco más tarde encaminaba sus pasos hacia Lisboa, donde hizo su entrada un mes más tarde tras derrotar en sus proximidades a Telles Jordao. Al igual que en Oporto la guarnición de la capital portuguesa, encabezada por el duque de Cadaval, y muy superior a las tropas pedristas, se retiró sin presentar combate.

El 25 de julio, antes de que la noticia de la pérdida de Lisboa minase aún más la maltrecha moral de sus hombres, Bourmont daba un último y desesperado ataque sobre Oporto, con el que no se obtuvo mayor éxito que los anteriores. El grueso de las tropas miguelistas empezó a trasladarse hacia Lisboa, pero la lentitud de su desplazamiento permitió que Saldanha tuviese tiempo de levantar el sitio de Oporto y reforzar la capital. Fracasado en sus asaltos contra la misma de los días 5 y 14 de septiembre, Bourmont resignó el mando, y fue sustituido por Macdonell.[7]

A pesar de todo, como recoge Fronteira, la situación militar no estaba aún decidida: «El trono de la Reina, por esta época, a pesar de los grandes triunfos, podía decirse que estaba limitado a la capital, a Oporto y sus suburbios, la pequeña plaza de Marvao, refugio de los presos políticos de diferentes cárceles, que allí se habían retirado... y al litoral del Algarve, porque el interior y las serranías estaban todas sublevadas a favor de D. Miguel».[8] Pero la balanza no tardaría en inclinarse. El 10 de octubre se asaltaban las líneas

---

[7] En opinión de Francisco de Paula FERREIRA DA COSTA, *Memórias de um miguelista 1833-1834. Prefácio. Transcriçao e notas de Joao Palma-Ferreira*, Lisboa, Editorial Presença, 1982, p. 111, Bourmont dejó el mando «por las intrigas y ofensas de los traidores que cercaban al rey, hechos que un día serán públicos con toda la fidelidad histórica, cuyo conocimiento es una debida satisfacción a los sacrificios que tantos portugueses honrados hicimos por el rey y sus derechos». Charles NAPIER, *An Account of the War in Portugal between Don Pedro and Don Miguel*, London, T. & W. Boone, 1836, tomo II, p. 281, cree que el ataque pudo tener éxito y recoge que, como de costumbre, las tropas miguelistas no mantenían las columnas de ataque, sino que rompían filas y se desparramaban como cazadores.

[8] *Memórias do Marquês de Fronteira e d'Alorna D. José Trazimundo Mascarenhas Barreto ditadas por èle próprio em 1861 revistas e coordenadas por Ernesto de Campos de Andrada*, Lisboa, Imprensa Nacional/Casa da Moeda, 1986, 5 vols. (facsímil de la publicada por la Imprensa da Universidade, Coimbra, 1928), Parte V, p. 28. NAPIER, *An Account*, tomo I, p. 261, se expresa en los mismos términos.

miguelistas en torno a Lisboa, y al día siguiente Macdonell se retiraba hacia Santarem, donde sus fuerzas no tardaron en ser víctimas del cólera. El 18 de febrero de 1834 Povoas era derrotado en Almoster, momento a partir del cual las tropas de don Miguel parecen renunciar a cualquier acción ofensiva. A finales de marzo, y a pesar de las órdenes del emperador, que le mandaban volver a Lisboa, Napier comienza una fulgurante campaña en el norte de Portugal, ocupando una tras otra las plazas que aún quedaban en poder de los miguelistas. En abril, Terceira desembarca en Oporto y derrota junto a Amarante a las tropas miguelistas que aún se hallaban en sus proximidades. En virtud del Tratado de la Cuádruple Alianza, firmado entre los gobiernos de don Pedro, Isabel II, Luis Felipe y Guillermo IV, tropas españolas, al mando del general Rodil, penetraban en Portugal para unir sus movimientos a los del duque de Terceira, que el 8 de mayo ocupaba Coimbra. Tan sólo en el Algarve había buenas noticias para don Miguel, pues la ofensiva de los liberales, dirigida por Sa de Bandeira, acabó en un completo fracaso tras la llegada de los refuerzos miguelistas encabezados por el brigadier Louis de Bourmont. Cierto es que, como afirma Napier, «el gran error cometido por los miguelistas fue debilitar sus fuerzas en las provincias ricas, y enviarlas a las provincias pobres del sur».[9] El 16 tuvo lugar la batalla de Asseiceira, que tras un desarrollo indeciso se convirtió en un completo triunfo para los liberales. Don Miguel se vio obligado a abandonar Santarem, y el 26 de mayo de 1834 se firmaba la Convención de Evora-Monte, en virtud de la cual este monarca debía abandonar Portugal y sus tropas rendir las armas.[10]

Junto a la intervención extranjera, la traición es la otra gran causa que los miguelistas aducen para justificar su derrota, y aunque no faltan algunos ejemplos, se trata de un aspecto que no está lo suficientemente documentado.

La persistencia de los rumores de traición, la ineptitud probada de sus jefes, la consciencia, en suma, de estar luchando por una causa perdida de antemano, no pudo menos de debilitar el ánimo de las tropas miguelistas. Al final, incluso miguelistas tan conspicuos como el propio Ferreira da Costa no parecían sino desear el fin de la guerra «todo... nos hacía recelar un desenlace peligroso y nos movía incluso a que deseáramos ver concluida la Comedia, fuese como fuese, para evitar perecer todos los días y solamente anhelábamos regresar a los brazos de nuestras familias, apelando únicamente a Dios, que conocía nuestra justicia e intenciones, esperando del futuro el remedio que veíamos ya no poder conseguir en esta ocasión».[11] Con estos

---

9 NAPIER, *An Account*, tomo II, p. 183.

10 Al parecer hubo división de posturas dentro de sus filas, no faltando quienes le aconsejaron penetrar en España para colocar en el trono al infante don Carlos, que acto seguido le podría devolver el favor. Cfr. NAPIER, *An Account*, tomo II, p. 209.

11 *Ibidem*, p. 170.

antecedentes, no es de extrañar que la disciplina se fuese relajando dentro del ejército miguelista.

Los efectos de la deserción se hacían sentir en ambos campos. Durante las fases iniciales del sitio de Oporto eran los pedristas quienes se pasaban a las tropas de don Miguel, tendencia que se invirtió al multiplicarse los reveses del ejército realista, lo que no tiene nada de extraño si tenemos en cuenta que tanto los voluntarios realistas como los regimientos provinciales llevaban años sobre las armas, fuera en muchos casos de sus regiones, y sin ver que de sus sacrificios se derivara el menor provecho.[12] Ciñéndonos a cifras concretas, Owen estima que durante el cerco de Oporto desertaron 880 miguelistas y 1.172 liberales. El total de desertores o extraviados fue de 8.073 en el ejército liberal. Según el ministro de la guerra, el ejército pedrista había tenido 4.355 muertos, y es fácil suponer que, dadas las vicisitudes de la contienda, las pérdidas de los absolutistas debieron ser muy superiores.[13] El coste del conflicto ascendió a 6.059 contos.

2. La Contrarrevolución en y contra el poder.

A. *El legitimismo napolitano.*

Tan sólo uno de los movimientos que hemos seleccionado para este estudio introductorio sobre la contrarrevolución se adapta a la presente categoría, y de hecho, esta doble faceta explica muchas de sus contradicciones internas. Nos estamos refiriendo, como es evidente, al legitimismo napolitano, donde el estado borbónico, en plena quiebra, tiene tiempo de incitar a una sublevación campesina que se mantendrá en armas durante años, pese a la huida de Francisco II a Roma.

En 1859 se produce la muerte de Fernando II, que durante 29 años se había mantenido en el trono de Nápoles, aunque en los últimos tiempos había desplegado una dura política represiva que le llevó a romper las relaciones diplomáticas con Gran Bretaña y Francia. Su sucesor, el joven e inexperto Francisco II, tuvo que hacer frente a una situación que se veía agravada por los vientos en pro de la unidad. El conflicto que enfrenta a Francia y Piamonte contra Austria, y ante el cual se había guardado una rigurosa neutralidad, tiene sin embargo efectos desastrosos, desde el punto de vista militar, para el reino de las Dos Sicilias. Los regimientos suizos, que muy probablemente eran las mejores unidades de su ejército, han de ser disueltos ante

---

12 Cfr. FERREIRA DA COSTA, *Memórias de um miguelista*, pp. 37-38.
13 OLIVEIRA MARTINS, *Portugal contemporâneo*, tomo I, p. 428.

los enfrentamientos entre helvéticos procedentes de regiones francófonas y germanófilas, que acaban en una auténtica batalla campal.[14] En enero de 1860 estalla una de las, en los últimos tiempos habituales, rebeliones de los liberales sicilianos. Aunque es sofocada con rapidez, y no consigue gran apoyo popular, sirve de pretexto a la expedición que al mando de Garibaldi desembarca en Marsala el 11 de mayo. La oportuna presencia de un par de buques británicos, cuya tripulación tardó más de un par de horas en reembarcarse, impidió que los navíos napolitanos enviados en su caza pudieran destruir los transportes garibaldinos hasta después de efectuado el desembarco.

La campaña de Sicilia no pudo ser más desastrosa para las tropas napolitanas, que pese a su enorme superioridad numérica contaron con una dirección militar que hizo las delicias de sus oponentes, y cuyo único objetivo era poder evacuar la isla y retirarse al continente. Cierto es que aparte de la probada impericia de los mandos el gobierno borbónico hacía cuanto estaba en su mano para conseguir la derrota de sus propios hombres. En junio de 1860 Francisco II concedió una constitución con la que esperaba ganarse el apoyo de los liberales napolitanos, varios de los cuales fueron llamados al nuevo ministerio. El ministro de la guerra Giuseppe Salvatore Pianell, hombre al parecer de sobrada capacidad, tan sólo presentaba un pequeño inconveniente: estaba plenamente convencido de que tenía más futuro en la milicia de una Italia unificada que en las filas del ejército napolitano. Según Selvaggi, todas y cada una de sus medidas no tuvieron más finalidad que la de conseguir la total desarticulación de las tropas colocadas bajo sus órdenes, lo que consiguió de forma plenamente satisfactoria.[15]

Harto de contemplar cómo era traicionado por sus propios ministros, cómo la guardia nacional que acababa de restablecer utilizaba las armas para combatirle, cómo los generales abandonaban, cuando no entregaban al enemigo tropas que ardían en deseos de combatir (lo que dio lugar a diversos motines y al asesinato de varios oficiales), Francisco II, desoyendo los consejos de quienes como el general Bosco le aconsejaban presentar batalla en Salerno, optó por retirarse a Capua. Tal y como plantea Selvaggi, este día, el 7 de septiembre de 1860, «llegó la hora de la verdad para la oficialidad napolitana y muchos prefirieron dimitir, muchos se pasaron a Garibaldi, y la mayor parte se reunió sobre las orillas del Volturno donde, con espíritu de

---

[14] Juan MAÑE Y FLAQUER y Joaquín MOLA Y MARTÍNEZ, *Historia del bandolerismo y de la camorra en la Italia Meridional, con la biografía de los guerrilleros catalanes Borgés y Tristany*, Barcelona, Imprenta y Librería de Salvador Manero, 1864, pp. 81-82.

[15] Roberto M. SELVAGGI, *Nomi e volti di un esercito dimenticato. Gli ufficiali dell'esercito napoletano del 1860-61*, Nápoles, Grimadi C. Editori, 1990, pp. 59-63.

sacrificio, afrontaron valerosamente la última campaña que se concluyó con la heroica defensa de Gaeta, cerrando con honor la última página de su historia».[16] Allí concurrieron también los soldados de numerosas unidades que habían sido disueltas por sus jefes, o que habían sido enviados a sus casas por los garibaldinos, aunque, por curioso que pueda parecer, tan sólo se presentaron 19 de los 112 hombres que componían la guardia de Corps.[17] Pese al desmoronamiento del estado borbónico que supuso abandonar la capital, la operación tuvo mejores resultados de lo que inicialmente cabría esperar, pues se reunieron cerca de 30.000 hombres, que rápidamente llegaron a 50.000, y cuya fidelidad no parecía dudosa.[18]

Al tiempo que la guardia nacional se sublevaba en numerosos puntos, contribuyendo poderosamente al colapso militar borbónico, en otros se iniciaban revueltas a favor de los Borbones, cuya importancia subió de punto desde el momento en que el nuevo ministerio borbónico, encabezado por el general Casella, alentó estas sublevaciones y les prestó apoyo militar. El objetivo principal era propiciar una sublevación en masa de los campesinos de Terra di Lavoro y de las zonas limítrofes para reconquistar el Sannio y el Moise y, sobre todo, reabrir las comunicaciones con Abruzzo por el valle del Liri y del Alto Volturno. El éxito fue casi total, ocupándose numerosos puntos, haciendo huir a las unidades locales de la guardia nacional, y derrotando a las tropas garibaldinas que acudieron en socorro de Isernia, importante nudo de comunicaciones. La defensa de los garibaldinos en Volturno, y la casi inmediata llegada de tropas piamontesas, obligaron a los napolitanos a colocarse a la defensiva, y en febrero de 1861 capitulaba la plaza de Gaeta, donde se había refugiado Francisco II. Pocos días más tarde lo hacían la ciudadela de Messina y Civitella del Tronto, últimos lugares en que se mantuvo la bandera blanca de los Borbones. Aparentemente, pues, la guerra habría terminado, pero lo cierto es que lo único que había terminado era la guerra mantenida por tropas regulares, que iba a ser sustituida por un nuevo

---

[16] SELVAGGI, *Nomi e volti*, p. 10.

[17] De los 205 oficiales de artillería 123 se presentaron a servir a los Borbones en esta última campaña, como también lo hicieron 47 de los 123 oficiales de ingenieros; 68 de los 111 que componían el estado mayor... Por lo que se refiere a las tropas de infantería, la guardia real, cuyos miembros se elegían por su fidelidad a la corona, carecía de la adecuada instrucción militar (con excepción del batallón de tiradores), y no era mucho mejor la instrucción de la infantería de línea. Al parecer, tan sólo las fuerzas de cazadores (aparte de los cuerpos facultativos) gozaban de un merecido prestigio, como dejaron de relieve en la defensa de Gaeta. La formación de las unidades de caballería también dejaba mucho de desear, aunque no así su fidelidad. Cfr. SELVAGGI, *Nomi e volti*, pp. 99-428.

[18] Francesco PAPPALARDO, «El *brigantaggio* en el Sur de Italia (1860-1870)», en *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, Núm. 14, Junio-octubre 1990, p. 53.

tipo de lucha, el *brigantaggio*, al que sirvió de ejemplo no sólo la tradición histórica de épocas anteriores, sino también esa campaña impulsada por Casella a la que ya hemos hecho referencia.

Los mismos campesinos que en un primer momento habían recibido a Garibaldi con indiferencia cuando no con expectación, no tardaron en sublevarse ante un régimen que defraudó todas sus esperanzas. Sin embargo, se trata de una revuelta sin posibilidades, que aunque contó con el apoyo de los que habían emigrado a Roma, y de los comités borbónicos que actuaban en la sombra, nunca tuvo con la menor opción militar. Pequeñas partidas, que en escasas ocasiones superaban los cien jinetes, actuaron durante años a lo largo y ancho de la geografía del antiguo reino y, muy especialmente, en aquellas zonas que ofrecían más facilidades para este tipo de lucha, como eran las colindantes con los Apeninos.[19] Aunque obligaron a concentrar en el Sur buena parte del ejército piamontés (cerca de 120.000 hombres en febrero de 1864), sus posibilidades de alcanzar una victoria militar eran nulas, a no ser que el reino de Italia se viese inmerso en una guerra europea y de hecho, aunque el gran *brigantaggio* puede considerarse en declive a partir de 1865, tuvo momentos de recrudecimiento cuando la guerra con Austria en 1866 o la crisis de Mentana en la segunda mitad de 1867. La que suele considerarse como la más espectacular de las campañas del *brigantaggio*, fue la protagonizada por el general carlista Borges, que en noviembre de 1861, al frente de unos 1.200 hombres, procedentes en su mayor parte de las partidas comandadas por el célebre Crocco, descendió del mazizo boscoso de Volture y trató de regularizar la guerra en Basilicata. La impresión que se obtiene de la lectura del *Diario* de Borges, es que desde el punto de vista militar esta campaña y nada vienen a ser lo mismo.[20]

Según los datos reunidos por Molfesse, procedentes de las estimaciones del ejército piamontés, los brigantes tuvieron 5.212 muertos entre la segunda mitad de 1861 y finales de 1865, de los que 2.325 fueron pasados por las armas, buena prueba de la dureza de la represión, mientras que desde mayo de 1861 a diciembre de 1864 las fuerzas gubernamentales habrían

---

19 Franco MOLFESE, *Storia del brigantaggio dopo l'Unità*, Milán, Feltrinelli, 1983, pp. 365-382, recoge la existencia de 388 partidas, las más pequeñas de las cuales tenían entre 5 y 15 hombres, mientras que las grandes superaban los 100, llegando, en momentos excepcionales, hasta los trescientos o cuatrocientos.

20 Borjés fue sorprendido por los piamonteses y pasado por las armas cuando trataba de refugiarse en los Estados Pontificios. Su *Diario* es reproducido en MAÑE Y MOLA, *Historia del bandolerismo*, p. 375 y ss., y también por el Conde de KENTY, *Vida y Diario de operaciones del heroico general carlista Don José Borges. (Fusilado en el reino de Nápoles por las tropas piamontesas)*, Madrid, Imprenta Moderna, 1903.

perdido 603 hombres.[21] Los gastos ocasionados por la represión ascendieron a cerca de 100 millones de liras.[22]

3. La Contrarrevolución contra el poder.

A. *El Movimiento Jacobita.*

A finales de marzo de 1689 Jacobo II, apoyado por una fuerte flota francesa, desembarcaba en Irlanda. Pocos días más tarde entraba en Dublín. En abril, John Graham of Claverhouse, Vizconde de Dundee, trataba de sublevar los clanes de Escocia, cubriéndose de gloria en la breve campaña que culmina con su victoria y muerte en Killiekrankie (27-VII-1689). Ante la falta de un nuevo líder los escoceses no tardan en rendir las armas, mientras que Irlanda será escenario de grandes batallas entre las tropas jacobitas y las de Guillermo de Orange, que había desembarcado al frente de un poderoso ejército. Tras su derrota en Boney (1-VII-1690) Jacobo huye una vez más y se refugia en Francia.[23] Aún así, sus defensores resisten hasta febrero de 1692, en que firman el tratado de Limerick, donde se consignaban los derechos de los católicos irlandeses, estipulación a la que posteriormente se faltó en todos y cada uno de sus términos. De los 14.000 irlandeses que aún mantenían los derechos de los Estuardo, 11.000 *Wild Geese*, siguieron a Sarsfield hacia el exilio en Francia. La represión fue lo suficientemente brutal como para que Irlanda no volviera a servir de escenario a nuevas intentonas jacobitas. En lo sucesivo, el protagonismo será asumido por Escocia.

Aunque como tendremos ocasión de ver sus apoyos eran bastante más amplios, desde el punto de vista militar y prescindiendo de las escasas tropas regulares españolas[24] o francesas con que se pudo contar en algunas ocasiones merced al apoyo de los enemigos de Inglaterra, el sustrato fundamental

---

[21] MOLFESE, *Storia del brigantaggio dopo l'Unità*, pp. 361-364, considera que la cifra de brigantes muertos es inferior a la real, y recoge que al parecer sólo en Basilicata, de 1861 a agosto de 1863, hubo 3.451.

[22] *Ibidem*, p. 440.

[23] Se trata, con diferencia, de la mayor batalla de todas las campañas jacobitas, con 36.000 hombres a las órdenes de Guillermo de Orange y 25.000 a las de su oponente.

[24] De la gran expedición que se preparó en Cádiz en 1719 sólo consiguieron llegar a Escocia 300 hombres. «Despite being isolated in a strange and inhospitable country, with allies who must have appeared wild and incomprehensible, the Spaniards put up a stout resistance at Glenshiel and fought on after the Higlanders had been routed, only surrendering next day when further fighting was hopeless» (Michael BARTHORP y G.A. EMBLENTON, *The Jacobite Rebellions 1689-1745*, Londres, Osprey Publishing, 1985, p. 32).

de los ejércitos jacobitas estaba compuesto por los clanes de las tierras altas de Escocia. Sistema de jurisdicción hereditaria permitido por el gobierno de Londres por el excesivo coste que representaba mantener una jurisdicción centralizada, cada clan estaba sometido a la autoridad de un jefe, al que se debía servir con las armas en tiempo de guerra. Llegado el momento, el jefe del clan convocaba a sus huestes mediante una cruz de fuego, que portada por numerosos relevos atravesaba todos sus campos. La jerarquía civil se convertía en militar y los miembros más destacados ocupaban la parte frontal de los regimientos. El armamento típico constaba de mosquete o pistola y espada larga de dos filos o hacha. Su táctica consistía en avanzar a tiro del enemigo y descargar sus armas de fuego. Cuando éste respondía los montañeses se lanzaban al suelo a fin de minimizar sus bajas. Acto seguido, y antes de que el enemigo hubiese tenido tiempo para volver a disparar, se cargaba al arma blanca (escudo incluido), con efectos que solían ser demoledores. En su tipo de guerra, los clanes eran prácticamente invencibles. Su derrota en Culloden no es tanto prueba de que su modelo estuviese superado, como resultado de haber presentado batalla en un terreno especialmente apto para ejércitos regulares, a lo que ha de unirse una pésima dirección de las tropas.[25]

A principios del siglo XVIII la población de las *Highlands* era de unas 600.000 personas, por lo que en teoría podría levantarse un ejército de al-menos 50.000 hombres. Incluso quitando los clanes no jacobitas, esto significaba un ejército potencial de 30.000 soldados, que si alguna vez se hubiese alzado al tiempo habría sido imparable. El faccionalismo entre los clanes, la influencia del gobierno a través del patronazgo y el soborno, así como la falta de líderes adecuados hicieron que incluso en 1745, cuando el Pretendiente llega hasta Derby, no lo hiciera sino con la sexta parte de estos efectivos.

En 1689 todas las tropas, excepto un pequeño grupo de caballería y algunos soldados irlandeses enviados por Jacobo II, eran *highlanders*. En 1715, aparte de numerosos clanes, se pudo contar con un fuerte apoyo en las *Lowlands* y el Norte de Inglaterra, mientras que en 1745 el protagonismo corrió a cargo de los *highlanders* (pese a que sublevaron bastantes menos que en 1715),[26] y de los regimientos formados por diversos señores feudales de las tierras bajas situadas al Norte de Edimburgo. John Roy Stewart formó en Edimburgo el único regimiento que puede considerarse formado por voluntarios, pues los demás no eran sino levas feudales que seguían a sus jefes.

---

25 Frank MCLYNN, *The Jacobites*, Londres, Routledge & Kegan Paul, pp. 45-62.

26 Hay quienes piensan que si el levantamiento de 1715 hubiera tenido los líderes de 1745 (Lord George Murray, un excelente táctico, y Carlos Eduardo, lleno de ímpetu y buen estratega), habría obtenido el triunfo.

La caballería fue en todas las campañas una de las grandes debilidades del ejército jacobita, aunque no tanto como la artillería. La falta de municiones y de armamento moderno, un mal endémico. En cuanto a la disciplina, pese a los intentos de Dundee y Murray, jamás pudo establecerse en los términos de un ejército regular.[27]

Los oficiales de los clanes, aun siendo mediocres, no resultaron peores que los traídos por Carlos Eduardo desde Francia, que dieron lugar a numerosas disputas, pues el príncipe los prefería constantemente a los escoceses, que habían arriesgado todo por seguirle, mientras que los procedentes del extranjero, en caso de ser hechos prisioneros, eran devueltos al país de origen. Peor aún era el caso de los jacobitas ingleses, que en 1745 alegaron la falta de mandos competentes para explicar una inactividad que en buena parte fue también fruto de la inexistencia de un sistema de comunicaciones que los hiciera saber los designios del Pretendiente.

B. *La Vendée.*

Los orígenes y causas del alzamiento vandeano de 1793 han sido, y siguen siendo, objeto de un enconado debate. En cualquier caso, la historiografía «republicana», en una línea que tiene su máximo exponente en la obra de Chassin *La Préparation de la Guerre de la Vendée* (París, 1892) sostiene que nos hallamos ante una conspiración aristocrática, relacionada con los intentos del marqués de la Rouërie y su *Association bretonne*, y niega, por tanto, el carácter espontáneo y popular del movimiento.[28] Esta tesis, es reco-

---

[27] Sobre todos estos aspectos Cfr. Michael BARTHORP y G.A. EMBLENTON, *The Jacobite Rebellions 1689-1745*, Londres, Osprey Publishing, 1985, pp. 16-22 y F.J. MCLYNN, *The Jacobite Army in England 1745. The Final Campaign*, Edimburgo, John Donald Publishers, 1983, pp. 18-33, con interesantes diferencias de apreciación.

[28] El general TURREAU, *Mémoires pour servir a l'histoire de la guerre de la Vendée*, París, Baudoin Frères, 1824, pp. 184-185, recoge que antes de que fuese pasado por las armas tuvo ocasión de hablar largamente con el marqués d'Elbée, general de los ejércitos vandeanos, y que éste le había contado que todos los fallos y fracasos de los realistas franceses se debían a la muerte (enero de 1793) del marqués de La Rouërie, con quien había mantenido estrechas relaciones para preparar la sublevación del Oeste. Sin embargo, su testimonio no hace sino confirmar la espontaneidad del alzamiento, pues según contaba d'Elbée «la insurrección de la Vendée había tenido lugar antes de tiempo debido a la explosión general, él había hecho todo lo que estaba en su mano para comprimirla e impedir su estallido prematuro, porque no se contaba con todos sus medios de acción, y sentía el peligro de los movimientos parciales», pero al final se vio «constreñido a ceder al movimiento del 10 de marzo, porque le había sido imposible detenerlo».

gida por algunos autores contemporáneos, entre los que cabe destacar a Jacques Godechot y Marcel Lidove.[29]

Por su parte, la historiografía legitimista y, más modernamente, la revisionista, niegan repetidas veces esta intervención nobiliaria. En las *Memorias* de la marquesa de La Rochejaquelein se afirma explícitamente que:

> «ni los sacerdotes, ni los nobles han fomentado ni comenzado la revuelta; secundaron a los campesinos, pero sólo apoyaron la insurrección una vez declarada. Estoy lejos de decir que no la desearan, pero hay que comprender, por poco que se reflexione, que ninguno estaba tan loco como para empujar a un puñado de campesinos sin armas y sin dinero a atacar a toda Francia. Esperaban un momento favorable, que, conociendo las disposiciones del país, confiaban en que llegaría tarde o temprano y sufrían al no tener medio alguno para secundarles. Por último, las potencias coaligadas no proporcionaron ayuda alguna a la Vendée, ni para inducir al pueblo a rebelarse ni para apoyar la guerra. La Vendée se rebeló de forma espontánea e inesperada. Se puede afirmar que se levantó en masa».[30]

Ciertamente, en una obra publicada durante la Restauración, la marquesa de La Rochejaquelein no sólo tenía motivos para no ocultar cualquier participación de su familia en los preparativos de la guerra de la Vendée, sino todo lo contrario. Además, en las mismas *Memorias* se ve claramente como la mayor parte de los nobles que se pusieron al frente de los vandeanos no lo hicieron de inmediato, sino una vez iniciada la revuelta, y la mayor parte de las veces casi forzados por masas de campesinos que les pedían se hicieran cargo de su dirección militar.[31]

El carácter espontáneo de la sublevación vandeana de 1794, y el hecho

---

[29] Jacques GODECHOT, *La contre-révolution. Doctrine et accion 1789-1804*, Paris, PUF, 1981 2.ª, pp. 223-230; Marcel LIDOVE, *Les Vendéens de 93*, Paris, Seuil, 1871, pp. 51-52.

[30] *Memorias de la Marquesa de La Rochejaquelein*, Madrid, Ed. Actas, 1995.

[31] Cfr. con *Mémoires de madame La Marquise de Bonchamps, sur La Vendée, rédigés par M. La Comtesse de Genlis*, París, Baudouin frères, 1823, donde se ve cómo una diputación de los sublevados de Saint-Florent se presentó en casa de Bonchamps para pedirle que se pusiera a su frente; y Jean EPOIS, *D'Elbée ou l'Epiphanie sanglante*, Cholet, les editions du Choletais, 1984, p. 49, donde nos encontramos ante el mismo caso, lo que es tanto más significativo si se tiene en cuenta que d'Elbée era el jefe vandeano que había mantenido en tiempos contactos con la Asociación bretona, aspecto sobre el que Epois, pese a haber utilizado su archivo, no ha podido ofrecer más información que la aparecida en las *Memorias* de Turreau.

de estar protagonizada por civiles, hicieron que la organización de su ejército tuviera que partir de la nada. Algunos de sus mandos recayeron en nobles y antiguos oficiales del ejército, pero su número era reducido, pues los más decididos habían emigrado para unirse al ejército de Condé, por lo que en su gran mayoría fueron elegidos por votación.

Conforme a su organización de 7 de agosto de 1793, el ejército católico y real se dividía en permanente y no permanente. Al frente del primero se encontraba un consejo superior, que hacía las funciones de estado mayor. Del mismo dependían los ejércitos de vanguardia (Bonchamp y Stofflet), del centro (d'Elbée) y retaguardia (Lescure y La Rochejaquelein), cada uno de los cuales se dividía en brigadas de alrededor de tres mil hombres, con un total de doce a quince mil por división. La infantería no se agrupaba por regimientos, sino por compañías organizadas por parroquias, lo que elevaba el espíritu de emulación. La caballería estaba formada por cuatro divisiones de 1.000 a 1.200 hombres, y solía tener algo menos de cinco mil jinetes, viéndose reforzada a mediados de año con numerosos húsares y dragones pasados de las filas republicanas. La artillería, que contaba con 180 artilleros, disponía de unas cincuenta piezas, con el correspondiente parque y fábricas de pólvora. Las fuerzas no permanentes podían ser regulares (habitantes de las zonas ocupadas, desertores republicanos), u ocasionales (la mayor parte del ejército, que volvía a casa al final de cada combate, y que no solía permanecer fuera de sus domicilios más de cuatro o cinco días).

La marcha del ejército era metódica. En la vanguardia se encontraban los cuerpos de tiradores (unos 3.000 hombres) y una parte de la caballería escoltada por tres piezas de artillería. Después venía el grueso de las tropas, con la artillería en formación de batalla. Los bagajes y la intendencia iban con la retaguardia, donde marchaba casi toda la caballería, colocándose el resto en los flancos a fin de prevenir cualquier posible ataque.[32]

Pero esta descripción no debe engañarnos. Los ejércitos vandeanos eran prácticamente independientes entre sí, no faltando las rivalidades entre sus jefes; los soldados regresaban a sus casas al día siguiente de cada batalla, por lo que sus efectivos permanentes eran muy escasos (era imposible mantener ninguna de las ciudades que se ocupaban, pues nadie quería formar parte de la guarnición, por bien que se le pagase); la instrucción del ejército en general y de la caballería en particular dejaba mucho que desear; la falta de centinelas era absoluta, pues los soldados se negaban a efectuar las guardias... En las proximidades de Angers la marquesa de La Rochejaquelein coincidió con un oficial de húsares que se había pasado a los realis-

---

[32] Reynald SECHER, *Le génocide franco-français: la Vendée-Vengé*, París, PUF, 1986, pp. 124-128.

tas en una escaramuza y que le contó las curiosas respuestas que había recibido de sus nuevos compañeros de armas en el interrogatorio a que los había sometido, sin duda mucho más elocuentes que cuanto nosotros pudiéramos decir:

> «¿Quién es vuestro jefe? –No hay. –¿Quién es el segundo en el mando? –No hay. –¿Cuántos regimientos tenéis? –No hay. –Pero, al menos ¿tendréis coroneles? –Tampoco. –¿Quién da las órdenes? –No se dan. –¿Quién hace las patrullas? –No se hacen. –¿Quién hace guardia? –Nadie. –¿Cuál es vuestro uniforme? –No hay. –¿Dónde están las ambulancias? –No hay. –¿Dónde están los almacenes de víveres? –No hay. –¿Dónde se hace la pólvora? –No se hace. –¿Dónde se consigue? –Se la cogemos a los azules. –¿Cuál es la paga? –No hay. –¿Quién os proporciona las armas? –Se las cogemos a los azules...».

La táctica de los vandeanos consistía en rodear en silencio a los republicanos, aparecer inopinadamente a tiro de pistola, y lanzar un ataque masivo para apoderarse de los cañones, a fin de impedir que entraran en juego. La tarea principal de los jefes era inspirar confianza a los soldados, que al comenzar el ataque siempre tenían un momento de vacilación, pero se tranquilizaban y hacían invencibles cuando veían a sus generales a la cabeza, arrostrando un peligro evidente. Esta manera de luchar era la apropiada para hombres que carecían de cualquier instrucción militar y donde buena parte de los mandos eran improvisados. La caballería, compuesta de caballos de molineros, pescadores, buhoneros, etc..., se manejaba con bridas y estribos de cuerda. Su uso solía limitarse a perseguir al enemigo una vez derrotado. Por su forma de hacer la guerra, las pérdidas de los vandeanos solían ser menores que las de sus oponentes, pues permanecían escondidos en la hierba y diseminados sin ningún orden. Los republicanos apenas los podían ver cuando disparaban, siguiendo la usanza de las tropas de línea, a la altura de un hombre y sin apuntar, mientras que los vandeanos no disparaban una bala sin haber apuntado, y como las tropas de línea presentaban un frente cerrado, era raro que se perdiese. Cuando avanzaban para tomar los cañones, si disparaban antes de que les diese tiempo a llegar, se lanzaban cuerpo a tierra en cuanto observaban que iban a encender la mecha. La descarga pasaba por encima al tiempo que corrían a cuatro patas, llegando a las piezas y matando a los artilleros antes de que pudieran volver a hacer fuego. Cuerpo a cuerpo tenían la ventaja de ser voluntarios, guiados por el más ardiente entusiasmo, mientras que la mitad de los republicanos, sobre todo al principio, estaba formada por la sedentaria guardia nacional y las nuevas levas, y no se batía sino con repugnancia. Por último, conocían bien los caminos y

tras un revés podían escabullirse sin dificultad, mientras que sus enemigos se perdían en laberintos impenetrables.

Mas estas ventajas se disipaban a la hora de combatir en campo abierto, y si es cierto que de esta forma se consiguieron algunas victorias, no podían rivalizar con las tropas del ejército regular. A mediados de octubre, o sea, siete meses después de haberse iniciado la insurrección, las tropas republicanas obtienen varias victorias sobre los vandeanos, que en un movimiento de pánico colectivo emprenden la marcha hacia la plaza costera de Grenville, de la que esperaban apoderarse con el objeto de poder recibir la ayuda de Inglaterra. Aunque Loïc du Rostu llega a la conclusión de que la responsabilidad del fracaso no fue de los ingleses, sino de los jefes vandeanos, Xavier du Boisrouvray ha puesto acertadamente de relieve la escasa ayuda exterior con la que pudieron contar los sublevados lo que atribuye a diversas causas: contradictorias y tardías informaciones sobre un alzamiento a cuyo frente no había ningún príncipe ni general de prestigio, falta de un puerto a través del cual se pudieran hacer llegar los suministros, y un carácter religioso excesivamente marcado que no podía ser atractivo a naciones protestantes como Holanda o Gran Bretaña, no así para «la católica España», si bien Viguerie ha señalado que dada la política ilustrada de los Borbones españoles nada tiene de extraño que este catolicismo exacerbado les resultara poco agradable.[33]

Pese a sus victorias iniciales, el fracaso de la «Vendée errante», y su casi completa aniquilación al intentar repasar el Loira, marcan el fin del gran ejército vandeano, pues a partir de ahora, la guerra continuará en sus escenarios iniciales y con carácter de guerrillas. Eso sí, una guerra aún mucho más dura, donde las «columnas infernales» de Turreau atraviesan el país a sangre y fuego, hasta que una tras otra van siendo derrotadas por aquéllos a los que han hecho comprender que sólo en la guerra pueden hallar su salvación.[34] En febrero de 1794, Charette firma la paz con la Convención, en un acuerdo con el cual se obtiene la libertad religiosa, y en el que se insinúa pudo haber una cláusula secreta a favor de Luis XVII. Sin embargo, en junio de 1795 se lanza de nuevo a la lucha al parecer por orden de los hermanos de Luis XVI.

[33] Loïc du ROSTU, *Histoire extérieure et maritime des guerres de Vendée*, S.l., Le cercle d'or, 1987, pp. 91-96; Xavier du BOISROUVRAY, «L'isolement international de la Vendée: pourquoi?», en *La Vendée dans l'histoire*, pp. 117-125. F.A. de CHATEAUBRIAND, *Memorias de Ultratumba*, Barcelona, Sopena, s.a., tomo I, pp. 160-161, recoge el desdén con que el resto de los emigrados franceses miraban a los vandeanos, si bien esta visión debe confrontarse con el interesante artículo de Guillaume de BERTIER DE SAUVIGNY, «La Vendée de Chateaubriand», en *La Vendée dans l'histoire*, pp. 145-160.

[34] *Vid.* Elie FOURNIER, *Turreau et les Colonnes infernales ou l'echec de la violence*, París, Albin Michel, 1985.

El general Hoche, encargado de la represión de Vendée, respeta estrictamente las estipulaciones referentes a la libertad de culto, y tras una corta campaña, a principios de 1796, Charette y Stofflet, jefes de la insurrección, son hechos prisioneros y pasados por las armas. La tercera guerra, esta vez contra el primer cónsul, estalla en 1799 y dura escasos meses, pues Bonaparte no desea ser excesivamente duro con aquellos que, en sus propias palabras, habían sostenido una *guerra de gigantes*, y contra los que se había negado a combatir cuando se le ordenó, por lo que permite a Bourmont firmar una capitulación honorable.[35] En 1815, durante los Cien Días, estalla la cuarta guerra de Vendée, en la que fallece Louis de La Rochejaquelein y aún más tarde, en 1832 la duquesa de Berry, el «único hombre de la familia», intentó promover una sublevación general para derrocar a la monarquía de Luis Felipe y restaurar a los Borbones en la persona de su hijo, Enrique V.[36]

Pero queda aún por tratar el tema más polémico. La guerra de la Vendée es una guerra a muerte, una guerra donde los republicanos, ante la incapacidad de hacer que sus enemigos depongan las armas se plantean, en términos enormemente modernos, su aniquilación física, motivo por el que Secher no ha dudado en titular a su libro *El genocidio franco-francés*.[37] Este carácter de guerra sin cuartel queda de manifiesto en la célebre carta escrita por Westermann a la Convención tras su victoria en Savenay: «Ya no existe la Vendée, yo vengo de enterrarla en los pantanos y en los bosques de Savenay. Yo he aplastado los niños bajo los pies de los caballos y he masacrado las mujeres. Yo no he hecho un sólo prisionero que se me pueda reprochar. Los he exterminado a todos».

---

[35] No por ello, y a pesar de las medidas conciliadoras que tomó Napoleón, debe pensarse que la tranquilidad reinara por completo, Cfr. Eric-Marie GUYOT, *Vendéens et chouans contre Bonaparte (1799-1814)*, Tolon, 1990.

[36] *Vid.* Hugues de CHANGY, *Le soulèvement de la duchesse de Berry 1832*, París, Albatros y DUC, 1986. Recordemos el sentido artículo de CHATEAUBRIAND, «Señora, vuestro hijo es mi rey», publicado con motivo de su encarcelamiento. Enrique V estuvo a punto de llegar al trono mucho más tarde, en los primeros momentos de la Tercera República.

[37] Según los datos que recoge este autor en su obra ya citada, entre 1792 y 1802 la población del territorio afectado por la guerra había descendido en 117.257 personas, un 14,38%. Por lo que se refiere al balance inmobiliario, fueron incendiadas 10.309 viviendas sobre un total de 53.276, o sea, un 19,35%. En un 10,29% de los pueblos las destrucciones fueron superiores al 50% del hábitat. Un resumen de estos aspectos puede verse también en Reynald SECHER, «La Vendée: Genocidio y Memoricidio», en Joaquim VERÍSSIMO SERRAO y Alfonso BULLÓN DE MENDOZA, *La Contrarrevolución Legitimista*, pp. 133-141, en que también denuncia los intentos de vanalizar, cuando no olvidar, este espinoso tema. A. BILLAUD, *La guerre de Vendée*, Fontenay-le-Comte, Lussard, 1977, pp. 307-309, estima los muertos en un mínimo de 400.000, de los que 220.000 serían republicanos y algo más de 180.000 vandeanos.

Como ha señalado Raoul Girardet en el prefacio a las actas del congreso celebrado en 1993 en La Roche-sur-Yon, «es sobre la revuelta misma, o más precisamente sobre las modalidades de su represión que parece haberse concentrado el interés principal de los intervinientes. Importa en efecto recordar que no se trata de ningún modo, por parte de las tropas de la Convención encargadas de esta represión, de una operación de "pacificación", destinada a obtener la sumisión de la población insurgente, su adhesión o su resignación al orden provisionalmente establecido. La consigna ampliamente difundida es la de "exterminación", que traducirá de manera casi inmediata Gracchus Babeuf por el término de "populicidio", correspondencia exacta de nuestro "genocidio" contemporáneo. Pero es todo el vocabulario utilizado por el estado mayor político de la represión jacobina que anuncia este de las grandes masacres colectivas de nuestro tiempo. Se trata de "depurar", de "suprimir", de "aniquilar". "Es por principios de humanidad que yo purgo la tierra de estos monstruos", escribió Carrier». Así, Jean de Viguerie hace hincapié en el hecho de que según la filosofía de las luces los vandeanos, al resistirse a las leyes que emanaban de la voluntad general quedaban excluidos del contrato social, y de aquí al exterminio no había más que un paso. La idea es recalcada por Xavier Martin, que recoge cómo a los ojos de los republicanos los insurgentes habían perdido incluso la dignidad de hombres, pues al rehusar la república se excluyen de la sociedad y se convierten en salvajes. Maurice Quenet expone la incapacidad de los mismos que habían aprobado los derechos del hombre para comprender la oposición de una forma distinta a la ruptura del pacto social. Jean-Marc Varaut, como corresponde a su condición de jurista, parte de la moderna definición de crimen contra la humanidad y concluye que «los cambios de correspondencia entre Turreau, Carrier y el Comité de Salud Pública prueban todos a la vez el carácter sistemático de las persecuciones, una voluntad de hegemonía ideológica, y el carácter premeditado y planificado de actos inhumanos». Esto es lo que le lleva a concluir que la Vendée, entre el invierno de 1793-1794, ha sido víctima de lo que se calificaría hoy en día de crimen contra la humanidad, tras lo que compara a los republicanos con las SS. Para Le Roy Ladurie, «las matanzas en Vendée alcanzan efectivamente las dimensiones de genocidio», y no recogemos sino algunos ejemplos.[38]

En cualquier caso, es evidente que las guerras de la «Vendée militaire», que no debemos olvidar no se corresponden estrictamente con el departamento de Vendée, tuvieron la fuerza suficiente para crear una identidad

---

[38] No obstante, en esta misma publicación, Jean-Joël BRÉGEON, «Existe-t-il véritablement un corpus de textes qui puisse être interprété comme ordonnant et justifiant une politique d'extermination?», pp. 297-304, se plantea la necesidad de no hacer afirmaciones categóricas hasta que no se estudie el tema de forma sistemática.

común, perdurable a través de los tiempos, tal y como en fechas recientes ha vuelto a recordar Jean-Clément Martin, y como también lo recuerdan los resultados de todas las elecciones políticas.[39]

C. *El Carlismo.*

Tras la reorganización efectuada en 1828 por el marqués de Zambrano, el ejército español constaba de 65.000 hombres, a los que había de añadirse los 15.419 a los que ascendía la suma de los efectivos del cuerpo de carabineros, los guardias de aduanas interiores, y la brigada real de marina, así como los 35.000 de las milicias provinciales, de las que en tiempo de paz tan sólo permanecía sobre las armas una pequeña parte. Dichas tropas se encontraban distribuidas entre las 151 plazas fuertes que configuraban el sistema defensivo español, 40 de las cuales se encontraban cubriendo la frontera francesa, 25 la portuguesa, y otras tantas las costas del Mediterráneo. En las capitales de cada regimiento provincial se encontraba el cuadro correspondiente. La única masa de maniobra de cierta importancia era la establecida sobre la frontera portuguesa en observación de la guerra civil del país vecino, si bien durante el último año de Fernando VII también se concentran tropas en Madrid.[40]

El ministerio que encabezado por Zea Bermúdez se constituye tras los sucesos de La Granja dedicó todos sus esfuerzos a garantizar la sucesión femenina, siendo una de sus prioridades la depuración del ejército de todos los sospechosos de carlismo. En menos de dos semanas son destituidos seis capitanes generales, y otros dos lo serán antes de final de año, comenzando así un proceso que apartó de las filas castrenses a más de un 30% de los oficiales.

Además de los efectivos del ejército, el gobierno contaba con los voluntarios realistas, creados a imitación de la milicia nacional implantada anteriormente por los liberales, y cuyos efectivos teóricos pueden situarse alrededor de los trescientos mil hombres, de los cuales podían hallarse completamente armados y equipados unos ciento treinta mil. Esta fuerza, considerada el brazo armado del partido absolutista, dependía directamente del Rey, a través de un inspector general, cuya muerte, en diciembre de 1832, permitió colocarlos bajo la autoridad de los capitanes generales. Se inicia así un proceso de depuración similar al que ya había empezado en las unidades del

---

[39] Jean-Clément MARTIN, *La Vendée de la mémoire (1800-1980)*, París, Seuil, 1989.

[40] Resumimos en estas y las siguientes líneas los capítulos dedicados al estudio de los ejércitos en Alfonso BULLÓN DE MENDOZA, *La Primera Guerra Carlista*, Madrid, Ed. Actas, 1992, pp. 83-220.

ejército. En numerosas regiones los realistas son desarmados y, en ocasiones, sus armas se entregan a antiguos miembros de la milicia nacional.

Con cuanto llevamos visto, nada tiene de especial que al producirse el fallecimiento del monarca ni una sola unidad del ejército regular se pusiese al lado de don Carlos. El alzamiento de buena parte de los voluntarios realistas de Castilla la Vieja a las órdenes del cura Merino, y de los de las Provincias Vascas, que debido a la persistencia del régimen foral no habían podido ser depurados, fue fácilmente dominado por Sarsfield. La guerra podía darse prácticamente por concluida cuando el coronel Zumalacárregui se incorpora a la facción. Sus dotes de organizador y conductor de hombres hacen que en menos de un mes la situación empiece a cambiar, y que los que antes corrían al sólo distinguir los uniformes del enemigo se precipiten sin vacilaciones sobre el mismo. Se inicia así una campaña dura y despiadada, en la que el jefe carlista no tiene por objeto la conquista de ningún lugar, sino el causar a los isabelinos el mayor número de bajas posible, en lo que da pruebas de notable pericia. Tras su muerte, acaecida en junio de 1835, el sistema de líneas establecido por el general isabelino Fernández de Córdoba lleva a una estabilización de la guerra en el Norte. Los intentos legitimistas de extender la guerra por el interior de la península merced al envío de expediciones militares a aquellos puntos donde se pensaba que el Pretendiente tenía más partidarios resultaron inútiles ante el continuo acoso de tropas enemigas superiores en número.

Poco a poco, los carlistas han logrado crear un ejército capaz de batirse de igual a igual con el isabelino, y que cuenta con sus propias fábricas de armas, maestranzas de artillería y academias militares. Sus efectivos, una vez pasados los primeros momentos, se incrementan por el sistema de quintas y, al igual que les ocurrirá a los liberales, aunque en menor medida, han de hacer frente a los problemas de la deserción. Sin embargo, no estará de más hacer notar que el ejército carlista siempre mantiene ciertas peculiaridades, pues muchos de sus mandos ni eran militares profesionales ni deseaban serlo.[41]

---

[41] La anécdota que cuenta al respecto el vizconde de RANELAGH, «Rough notes from my diary in Spain, 1835», *Judy's Annual*, 1883, p. 195, es lo suficientemente ilustrativa, pues habiéndosele quejado varios oficiales carlistas de que sus hombres no eran capaces de hacer frente a la caballería enemiga, les preguntó porqué no ejercitaban sus batallones en los movimientos ordinarios de columnas y cuadros, con los que podrían rechazarla e inspirar confianza a sus tropas:

> «Todos ellos contestaron que no molestaban sus cabezas con tácticas militares, porque ellos no eran soldados regulares; habían venido sólo para servir a su Rey, y tan pronto como le hubieran llevado a Madrid pensaban dejar el servicio y retirarse a sus casas. Yo les expliqué que si le hubieran

Los carlistas del Norte no están solos. En el Maestrazgo, tras el fracasado alzamiento de Morella, los legitimistas quedan a las órdenes de Carnicer, que poco a poco va creando un pequeño ejército. En la primavera de 1835 es sustituido por Cabrera, que no tardará en darse a conocer como uno de los más carismáticos líderes militares del período. En 1836 logra establecer su capital en Cantavieja. En enero de 1838 se apodera por sorpresa de Morella, y en el verano del mismo año rechaza al general Oráa, que al frente de numerosas tropas trata de recuperar la plaza. El 1 de octubre destroza las fuerzas de Pardiñas en Maella, donde hace más de tres mil prisioneros. Tras estos acontecimientos puede decirse que en la contienda se produce un giro a Levante, pues frente al estado de agotamiento en que se encuentran los ejércitos liberal y carlista del Norte, la actividad de Cabrera empieza a desbordar al ejército liberal del Centro.

En Cataluña, donde las precauciones tomadas por Llauder habían impedido un alzamiento masivo en 1833, la guerra toma fuerza tras la expedición del general Guergué, si bien la vuelta a las provincias de las tropas navarras deja las cosas prácticamente como estaban. A lo largo del conflicto, don Carlos enviará al Principado diversos generales para tratar de organizar la guerra, pero no es sino tras la llegada del conde de España, en julio de 1838, cuando las numerosas pero mal instruidas partidas catalanas se convierten en un verdadero ejército.

En agosto de 1839, y tras varios meses de preparación, las divergencias políticas existentes en el campo carlista llevan al general Maroto a firmar el Convenio de Vergara, en virtud del cual entrega las armas buena parte del ejército del Norte. A mediados de septiembre don Carlos se ve obligado a cruzar la frontera francesa. El ejército liberal puede ahora concentrar sus efectivos contra las tropas de Cabrera, que poco a poco se retira hacia el país vecino, donde penetra el 6 de julio de 1840.

Este breve cuadro de los ejércitos carlistas estaría incompleto si no hiciésemos referencia a la intensa actividad guerrillera mantenida por los legitimistas en amplias zonas de la Península. Las guerrillas hostilizaban las comunicaciones liberales e impedían al gobierno de la reina concentrar todos sus efectivos en los focos preferentes del conflicto, pues al menos una cuarta parte de los mismos debían permanecer cubriendo el resto de España. Las partidas más importantes fueron las localizadas en Galicia, Castilla la Vieja y La Mancha, donde su pujanza hizo necesaria la creación de un ejército de reserva al mando del general Narváez.

---

dedicado tan sólo una hora al día durante un corto tiempo, sus hombres estarían en buen orden. Pero todas mis protestas fueron en vano; insistían que no eran oficiales regulares, y por lo tanto no se podía esperar que complicasen sus cabezas con tácticas».

Como ya hemos dicho, todo el ejército de Fernando VII permaneció fiel a Isabel II. A pesar de ello, sus efectivos no tardaron en ser desbordados por la revuelta, y fue necesario proceder a numerosas quintas, que hacen que al final del conflicto sean cerca de cuatrocientos mil los hombres que han pasado por sus filas. Y ello sin contar los 160.202 de la Milicia Nacional armada,[42] gran parte de los cuales colaboró activamente en la represión de las guerrillas carlistas, permitiendo que fuese mucho menor el número de soldados del ejército que tuviese que dedicarse a estos menesteres, pudiendo así llevar más tropas a los escenarios fundamentales de la guerra.

A diferencia de lo que ocurrirá con los ejércitos carlistas, que separados entre sí están entregados a su propia suerte, la posición central de los liberales les permitirá desplazar tropas de uno a otro escenario, según lo aconsejen las necesidades de la guerra.

Surtido por el sistema de quintas, efectuado sobre un país donde los liberales, según sus propias fuentes, no dejaban de ser una minoría, nada tiene de extrañar que el ejército isabelino experimentara numerosas deserciones. De los 328.397 hombres reclutados de esta forma, podemos estimar que desertaron 61.769, o sea, un 18'8%, gran número de los cuales engrosaron las filas de los ejércitos y las guerrillas de don Carlos.

Buena parte de la industria militar española, colocada en el País Vasco, queda desde los primeros momentos del conflicto en manos de los carlistas, lo que obliga a los gobiernos isabelinos a obtener sus armas en el extranjero.[43] Sólo Inglaterra facilita cerca de cuatrocientos mil fusiles, a los que deben añadirse algunas pequeñas partidas obtenidas en Francia. Los gastos militares se disparan, pudiendo estimarse en unos 4.376 millones de reales. Para dar una idea de la magnitud de esta cifra que, no debe olvidarse, corresponde tan sólo a lo gastado por uno de los dos bandos en liza, téngase en cuenta que estos 4.376 millones de reales vienen a suponer el total de los recursos obtenidos con la venta de los bienes desamortizados por Mendizábal y Espartero.[44] De las dificultades que pasaban los gobiernos cristinos para hacer frente a esta suma es buena prueba el hecho de que en el cuatrie-

---

[42] Dato de abril de 1837, fecha en que los milicianos desarmados ascendían a 401.716.

[43] Hubo también diversos cuerpos de voluntarios extranjeros que lucharon contra los carlistas, como es el caso de la Legión Británica, la Legión Francesa, la División auxiliar portuguesa, y el regimiento de Oporto. En total, cerca de treinta mil hombres.

[44] Germán RUEDA, *La desamortización de Mendizábal y Espartero en España*, Madrid, Cátedra, 1986, p. 89. Si tenemos en cuenta que la mayor parte de estos bienes no se pagaron en metálico, sino con títulos de la deuda, tal vez fuera más preciso establecer que el coste de la guerra fue el doble del valor de tasación de todos los bienes procedentes de la desamortización eclesiástica.

nio 1835-38 el coste de la guerra ascendió a 2.764 millones de reales, siendo así que los ingresos ordinarios del Estado no fueron más que 2.409 millones.

A lo largo de la guerra, la evolución numérica de los ejércitos liberal y carlista fue como sigue:

	Ejército Liberal		Ejército Carlista	
	Hombres	Caballos	Hombres	Caballos
Julio 1834	121.314		18.000	
Setiembre 1836	213.934	13.350	54.000	2.300
Noviembre 1837	207.414	14.308	60.000	2.896
Julio 1839	219.327	16.554	72.000	3.054

Los carlistas, y esto creemos que debe ser destacado, tuvieron posibilidades reales de ganar la guerra, pues las divisiones internas que ocasionó el Convenio de Vergara no eran específicas del legitimismo, que hasta el último año de la guerra mantuvo una cohesión interna muy superior a la de sus oponentes. Pero quizás lo que mejor ayude a comprender la auténtica dimensión de la guerra sea la cifra de muertos del ejército liberal:

Infantería de línea	21.784
Guardia Real	11.894
Cuerpos facultativos	2.126
Milicias Provinciales	15.981
Cuerpos francos	9.782
Caballería de todas armas	4.592
TOTAL	66.159[45]

Este número, que por sí sólo es mayor que las pérdidas experimentadas por el ejército nacional o el republicano durante la última guerra civil, cuando la población de España había duplicado sobradamente a la de cien

[45] Pedro CHAMORRO Y BAQUERIZO, *Estado Mayor General del Ejército Español. Historia del ilustre cuerpo de oficiales generales formada con las biografías de los que más se han distinguido e ilustrada con los retratos de cuerpo entero*, Madrid, Imprenta de Tomás Fortanet, 1851 (2.ª ed.), tomo I, p. 165.

años antes,[46] debe aumentarse con los miembros de las legiones extranjeras liberales fallecidos en España (unos 6.000); los milicianos nacionales, que debieron sufrir bastantes bajas en la lucha contra las partidas (Cabrera fusiló a varios centenares de ellos en el Maestrazgo);[47] y los miembros del cuerpo de carabineros, resguardo de Hacienda, Marina, etc., con lo que no sería de extrañar que nos pusiéramos en una cifra cercana a los cien mil hombres. Por lo que a los carlistas se refiere, no tenemos más que datos muy fragmentarios, pero no es de creer que experimentasen muchas menos bajas que sus oponentes. Estamos pues ante una cifra que puede oscilar entre los 150.000 y los 200.000 muertos, y que es la mejor prueba del entusiasmo con que unos y otros defendieron su causa.

Según cuenta Pirala, en los inicios de la segunda guerra carlista el ejército permanente debía componerse de 95.626 hombres, pero en junio de 1846 no había sobre las armas más que 76.035. En cualquier caso más que suficiente para hacer frente a los sublevados, que en sus momentos de mayor esplendor no parece que pasaran de cinco mil hombres, mientras que el ejército liberal de Cataluña, único punto donde la guerra adquirió cierta entidad, superaba los cincuenta mil.[48] Por tanto, no nos encontramos ante un conflicto que logre poner en serios apuros al régimen isabelino.

En la tercera guerra los carlistas mueven importantes contingentes de tropas desde el primer momento, y así en la sublevación de abril de 1872 en vascongadas se alzan unos 16.000 hombres (paisanos, apenas sin armas). En sus momentos de mayor esplendor los carlistas pudieron tener unos 75.000 soldados dentro de sus ejércitos regulares. Pero los liberales tenían 319.000. La proporción era netamente peor que durante la primera guerra, pero en cualquier caso es suficiente para ver que se trata de un conflicto que rebasa lo anecdótico. En contraposición a lo que ocurre durante la primera guerra carlista, el auge de todos los ejércitos legitimistas es simultáneo, y se ve truncado por la Restauración, en cuyo advenimiento, muy a su pesar, resultó decisivo el carlismo.

---

46 Ramón SALAS LARRAZÁBAL, *Los datos exactos de la guerra civil*, Madrid, Ediciones Rioduero, 1980, p. 310. Los militares nacionales muertos en campaña fueron 59.500, y los republicanos 60.500.

47 Francisco CABELLO, *Historia de la guerra última en Aragón y Valencia*, Madrid, Imprenta del Colegio de Sordo-Mudos, 1845, 2 vols., tomo II, pp. 193-196.

48 Antonio PIRALA, *Historia Contemporánea. Segunda parte de la Guerra Civil. Anales desde 1843*, Madrid, Felipe González Rojas editor, 1891, tomo I, p. 396.

II. ASPECTOS SOCIALES.

1. La Contrarrevolución en el poder.

A. *El Miguelismo.*

En el caso de Portugal, los trabajos de Maria Alexandre Lousada nos ofrecen, en lo que a la nobleza se refiere, datos mucho más completos que los disponibles para otros países. Así, sabemos que el 61% de la nobleza titulada portuguesa estuvo con don Miguel, y el 23% con don Pedro. El 16% restante se mantuvo neutral o no se dispone de datos para poder vincularlos a uno u otro bando. Lousada ha tratado de hallar factores sociales (nobleza vieja frente a nobleza nueva), o económicos que puedan explicar el porqué de una u otra postura, y ha llegado a la conclusión de que no parecen existir. Habría pues que ir a factores culturales, o a la propia historia de cada familia.[49] Así, el marqués de Fronteira, cuya educación había corrido a cargo de un clérigo liberal, el abad de Medroes, cree que la causa de su adhesión al liberalismo hay que buscarla en la persecución que había sufrido su familia durante la época del marqués de Pombal: «Reflexionando cómo yo y mi hermano, naciendo aristócratas, rodeados de parientes que conservaban todos los prejuicios de clase, fuimos siempre liberales, no puedo dejar de atribuir esto al cadalso de la plaza de Belem, al fuerte da Junqueira y al convento de Chellas».[50] Razonamiento que en cierta forma no deja de ser paradójico, pues Pombal, aunque amparado en el poder real, era tan contrario a la tradición portuguesa como lo fue más tarde el liberalismo. Sin embargo, no deja de ser coherente que aquellos que habían sufrido el despotismo real no quisieran volver a experimentarlo. En cualquier caso, los nobles que apoyaban a don Pedro siempre fueron conscientes de que no contaban con sus simpatías: «El emperador, como todos los señores de la Casa de Braganza, no tenían gran predilección por nosotros, los aristócratas».[51]

Como de costumbre, las acusaciones de los liberales contra el clero son durísimas. El mismo don Pedro, en su discurso ante las cortes de 1834, no

---

[49] Maria Alexandre LOUSADA, «D. Pedro ou D. Miguel? As opçoes políticas da nobreza titulada portuguesa», en *Penélope. Fazer e desfacer História*, núm. 4, nov. 1989, pp. 81-117. Luis ESPINHA DA SILVEIRA, «Revoluçao liberal e partiato (1834-1842)», en *Análise Social*, 1992, núms. 116-117, pp. 329-353, hace un seguimiento de la actitud de la nobleza portuguesa ante el nuevo régimen, en el que se ve que buena parte de la misma se niega a integrarse en sus estructuras aun cuando se le da la oportunidad.

[50] FRONTEIRA, *Memórias*, tomo I, p. 90.

[51] FRONTEIRA, *Memórias*, Parte IV, p. 227. Amargas quejas en el mismo sentido en la parte V, pp. 26 y 41.

dudó en afirmar que «en los púlpitos (me estremezco al decirlo) pero vosotros lo sabéis, y todo el mundo sabe que yo digo la verdad, en los púlpitos, enfrente de los santos altares, en el medio de los sagrados y augustos misterios, los ministros del DIOS de paz y caridad, predicaban el asesinato como un servicio hecho a la religión, y anunciaban al pueblo atónito un nuevo evangelio de persecución, sangre y muerte».[52] En las obras de Napier y Bollaert son frecuentes las acusaciones contra los clérigos, que se afirma combatían con las armas en la mano, y a los que se hace responsables intencionados del incendio del convento de Santo Domingo de Oporto, donde pernoctaban tropas liberales. A pesar de ello, no faltan tampoco testimonios de la existencia de un clero liberal y, en cierto sentido, da la sensación de que los autores liberales se gozan en presentarnos a los clérigos miguelistas, mientras que los absolutistas prefieren hablar de los liberales. Armando da Silva ha publicado una clasificación política de 238 frailes hecha en virtud de un decreto del gobierno de doña María de la Gloria de 28 de mayo de 1834. El resultado es el siguiente:

Miguelistas fanáticos	7,6%
Realistas moderados	50,6%
Constitucionales	9,2%
Sin información política concreta	32,4%[53]

Los datos son bastante elocuentes, pero no debemos olvidar que nos hallamos ante miembros del clero regular, cuya existencia era difícilmente compatible con el liberalismo. Por otra parte, la adhesión al poder, que en el caso español juega a favor de los liberales, lo hace aquí a favor de los absolutistas. Además, los constitucionales habían iniciado en Azores una reforma religiosa que, como señala el mismo Napier, no podía menos de herir los sentimientos de la población y, muy especialmente (añadimos nosotros), del clero.[54]

Maria Alexandre Lousada y Nuno Gonçalo Monteiro han hecho una cata en los alzamientos miguelistas del norte de Portugal en 1826-1827, diri-

---

[52] NAPIER, *An Account*, tomo II, p. 320.

[53] Armando BARREIROS MALHEIRO DA SILVA, «O clero Regular e a "usurpaçao". Subsídios para uma história sócio-política do Miguelismo», en *Revista de História das Ideias*, Vol. 9, 1987, pp. 529-630. Hay significativas variaciones según las órdenes.

[54] NAPIER, *An Account*, tomo II, pp. 16-17. Como criticaría el conde de Taipa en sus cartas contra el ministerio, si bien era cierto que la iglesia portuguesa necesitaba una reforma, «no era misión para estos apóstoles».

gidos por la nobleza local, y en los que se aprovecha la estructura de las ordenanzas militares para proceder al encuadre de los sublevados. Aunque los objetivos declarados eran comunes, y no detectan en ningún caso una clara componente antiseñorial, consideran que las zonas donde el movimiento alcanza mayor vigor son aquellas que se han visto más afectadas por las transformaciones económicas.[55] Más tarde, cuando el fracaso de la *Belfastada*, Sá da Bandeira nos describe su retirada hacia Galicia a través de un país hostil, abandonado por sus habitantes.[56] Durante el reinado de don Miguel, tanto su gobierno como el embajador español estaban convencidos del buen espíritu del país, con excepción de la ciudad de Oporto, el pueblo de Figueira y el comercio de Lisboa.[57] Al iniciarse la contienda son numerosas las fuentes que dan información sobre el carácter liberal o miguelista de diversas localidades. Y, cuando se trata de testimonios que hacen referencia a las diversas regiones portuguesas (dentro de las cuales siempre había excepciones), lo normal es que los propios liberales reconozcan su adhesión a don Miguel, como hace Napier hablando de los Algarves, Minho, Douro y Tras-os-Montes.[58]

Aunque existen diversas caracterizaciones sociales de los bandos en liza, ninguna nos resulta de tanto interés como la que puede observarse en la polémica que, en mitad de la guerra, mantuvieron los generales Napier y Bourmont. El 18 de septiembre de 1833, tras los fracasados asaltos miguelistas sobre Lisboa, Napier se dirige a Bourmont con el propósito de entablar conversaciones que pusieran fin a la contienda y, tras recordarle el negro aspecto que presentaban los negocios de don Miguel, afirma:

---

55 Maria Alexandre LOUSADA y Nuno Gonçalo MONTEIRO, «Revoltas absolutistas e Movimentaçao camponesa no Norte, 1826-1827 (Algumas notas)», en *O Liberalismo na Península Ibérica na primera metade do século XIX*, Lisboa, 1981, tomo II, pp. 169-181.

56 SA DA BANDEIRA, *Diário da guerra civil (1826-1832). Recolha, Prefácio e Notas de Jose Tengarrinha*, Lisboa, Seara Nova, 1975, tomo I, pp. 34 y 44.

57 Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Sección Histórica, Leg. 2.621, Despacho al gobierno español del Conde de Montealegre de la Ribera, 8 de febrero de 1832.

58 NAPIER, *An Account*, tomo I, p. 35; tomo II, pp. 208 y 228, si bien en lo que se refiere a las provincias del Norte se asombra de la poca oposición que presentaron a sus tropas, lo que atribuye al cansancio de la guerra y su hábil política de conciliación. Curiosamente, OLIVEIRA MARTINS, *Portugal Contemporâneo*, tomo I, p. 136, considera que nos hallamos ante una lucha entre el Norte y el Sur del Portugal, donde como de costumbre quien venció fue la Beira. No obstante, no debe olvidarse que Oliveira Martins es ante todo el defensor de la tesis según la cual la guerra civil portuguesa no es sino la lucha entre el antiguo y el nuevo portugal, haciendo especial hincapié en las respectivas mentalidades.

«Su excelencia quizás responderá que la mayor parte de la nobleza, del clero y de los campesinos le apoya. Yo lo admito... Los nobles están luchando por sus privilegios, y los campesinos son excitados por los curas. ¿Son ellos, sin embargo, la gente inteligente de Portugal? No!!! Éstos se encuentran en las grandes ciudades y en las clases medias, que están todas por la Reina».[59]

La respuesta del jefe legitimista no se hizo esperar:

«Yo creo que la inmensa mayoría de los habitantes rechaza las nuevas instituciones que queréis introducir en el reino, y que sirviendo al rey don Miguel, no solamente defiendo las antiguas leyes del país, sino que actúo conforme a los deseos de la mayoría de la nación; usted mismo se convencería si tomara en consideración lo que acaba de pasar en los Algarves, donde el pueblo solo, sin apoyo de ninguna tropa, ha cazado las guarniciones y las autoridades civiles que habíais establecido.

Yo no hago la distinción que usted quiere establecer entre los portugueses: yo soy cristiano, y yo considero todos los hombres como hermanos, y les deseo el bien a todos, y no pienso que sea justo ocuparse únicamente de aquellos que tienen el primer o el último rango social, ni de aquellos que tienen un rango medio; todos tienen sus derechos fundados sobre las leyes de su país, todos son hombres que tienen la misma naturaleza que vos y que yo, y yo no menospreciaré jamás los deseos ni las necesidades de ninguna de estas clases: un campesino, un labrador, es frecuentemente más hombre de bien, y sus razones son más dignas de tenerse en cuenta, que las de otro hombre muy rico e instruido; yo he tenido más de una prueba en mi vida; sin embargo, vos me aseguráis reconocer que la mayoría de los sacerdotes, de los nobles, y de los campesinos son del partido del rey, y yo no concibo bien la aplicación que vos queréis hacer de los principios liberales, en oposición con su base establecida en los otros estados de Europa, que *la opinión de la mayoría debe hacer la ley*.

Pero no tengo ninguna intención de aclarar este punto, que solamente le concierne a usted».[60]

---

59 NAPIER, *An Account*, tomo I, p. 365.

60 *Ibidem*, pp. 366-367. Armando Barreiros Malheiro da SILVA, *Miguelismo. Ideologia e Mito*, Coimbra, Livraria Minerva, 1993, p. 343, excluye, dentro de las posibles causas de la derrota miguelista, la de falta de apoyo popular, que considera probado por su persistencia temporal.

Se trata, sin duda, de una correspondencia de primera magnitud para conocer la mentalidad de los dos bandos en liza. Los liberales portugueses, al igual que los españoles, no justifican su causa en contar con el apoyo de la mayoría del país, lo que saben dista mucho de la realidad, sino en el hecho de ser el sector más capacitado y activo de la sociedad, lo que legitima para imponer sus tesis. Los absolutistas, por el contrario, reivindican su derecho a vivir conforme a sus costumbres, y niegan que nadie tenga derecho a cambiar sus hábitos si ellos así no lo desean.

2. La Contrarrevolución en y contra el poder.

A. *El legitimismo napolitano.*

Al igual que ocurre en los aspectos militares, el encuadre social del legitimismo napolitano varía enormemente según nos refiramos a la época en que aún existe un estado borbónico, o a la del *brigantaggio*. Si bien es cierto que buena parte de la nobleza, los grandes propietarios e incluso los altos mandos del ejército napolitano permanecen a la expectativa ante la hecatombe que tras el desembarco de los garibaldinos y el levantamiento de los liberales meridionales se desarrolla ante sus ojos, no lo es menos que todos estos sectores se hallan debidamente representados en el último intento de resistencia que se organiza en torno a la línea del Volturno, y también en la corte que se organiza en Roma en torno al exiliado Francisco II. Aun cuando sin duda el último rey de Nápoles exagera en la respuesta ofrecida a una representación firmada por más de 30.000 de sus antiguos súbditos, el retrato que ofrece de sus partidarios no deja de tener su base:

> «Esta plena confianza en la justicia de mi causa, esta decisión de reconquistar íntegramente la independencia de mi patria, me sostienen y consuelan en mi destierro.
>
> ¿Cómo no, cuando al cabo de dos largos años trascurridos ya desde mi partida, no ceso de recibir de mis súbditos testimonios de amor, de respeto, confianza y de lealtad? ¿Cómo no, cuando veo a la mayor parte de la nobleza de mi Reino condenada voluntariamente al destierro por seguir mi causa; cuando con raras excepciones, la aristocracia que no se ha desterrado se abstiene de hacer causa común con el usurpador; cuando en todos los pueblos del reino, propietarios y campesinos me ofrecen sus vidas y haciendas; y cuando veo que ese noble pueblo, abandonado de todo el mundo, sin apoyo y sin excitación alguna mía (bien lo sabéis vosotros) sigue

combatiendo contra el opresor, y muere pronunciando mi nombre».[61]

Tras la caída de Gaeta la situación cambia completamente de aspecto, hasta el punto que puede hablarse de una revuelta campesina, en la que en ocasiones pueden distinguirse trazos del bandolerismo que había azotado de forma endémica algunas zonas de las Dos Sicilias. Ahora bien, los brigantes que combatían en los campos no eran los únicos legitimistas que actuaban en favor de Francisco II, como les constaba claramente a las autoridades piamontesas, que dieron una especial importancia a acabar con los *manutengoli*. Ya a finales de diciembre de 1860, y ante los síntomas de una inmediata insurrección general, la policía interviene enérgicamente en Nápoles, donde se arresta entre otros a siete generales y dos coroneles borbónicos, «que en el caso de que los motines reaccionarios hubiesen conseguido éxitos iniciales, habrían ciertamente terminado por adherirse al movimiento y por tomar su dirección», matización que difícilmente podría ser más explícita.[62] Poco más tarde, cuando Francisco II se refugia en Roma, numerosos oficiales del ejército napolitano optan por regresar a sus casas. Muchos de ellos solicitarán (y obtendrán) la integración en el ejército italiano, en el que por lo general no desempeñan empleos activos, pero quedan así al margen de la sublevación campesina, que de otra forma hubieran podido dirigir. Por lo que al clero se refiere, los garibaldinos se hallaron en el Sur con un bajo y medio clero profundamente dividido, sobre todo en las provincias más meridionales, si bien todos los obispos apoyaron a los Borbones, con lo que no hacían sino seguir la política hostil observada por Roma contra quienes habían invadido los estados pontificios. Los decretos de Mancini de 1861, que adaptaban la legislación napolitana a la de los demás estados liberales de Europa, consolidaron la situación de los sectores más conservadores del clero, aislando a los liberales, y convirtiendo a este estamento, en opinión de Molfese, en el más importante inspirador y promotor del estallido de la revuelta de los campesinos meridionales contra el estado unitario.[63]

Salvo breves paréntesis, la política seguida por los conservadores piamonteses en el Sur fue una política de conciliación, pues preferían la alianza con los antiguos servidores de la monarquía borbónica que con los liberales meridionales, lo que si bien hacía más difícil la represión del *brigantaggio*, que podía contar con simpatizantes en numerosos ayuntamientos e incluso

---

[61] Recogido por José Joaquín RIBÓ, *Retrato histórico del Rey de las Dos Sicilias, Francisco II*, Barcelona, Establecimiento tipográfico de Jaime Jepús, 1864, p. 191.

[62] MOLFESE, *Storia del brigantaggio*, p. 52.

[63] *Ibidem*, pp. 66-67, si bien no veo que a lo largo de su obra dé excesivas pruebas de este aserto.

en la propia judicatura, daba menos motivos a las antiguas elites para pasar a la lucha armada, protagonizada por campesinos y antiguos soldados borbónicos. Sin embargo, los comités borbónicos que actuaban en la clandestinidad seguían mostrándose activos incluso en la capital de las Dos Sicilias, donde la policía arrestó en pocos días a cerca de 300 sospechosos, entre los que se encontraba el duque de Caianello, y ello a pesar de que «una gran "reacción" no podía prender en Nápoles, ciudad guarnecida por la fuerza de las tropas del VI cuerpo del ejército y fuertemente controlada por una guardia nacional numerosa, bien armada y políticamente devota al régimen unitario».[64] La sublevación estallaba, por el contrario, en las provincias más excéntricas y donde había menores guarniciones, y aquellos que la encabezaban, como Crocco, solían contar con el apoyo de poderosas familias de hacendados locales. En julio de 1861 se sublevan simultáneamente 30 municipios en la provincia de Avellino, reuniéndose más de seis mil hombres, rápidamente reprimidos por el ejército y la guardia nacional. Por estas fechas se hace cargo del mando el general Cialdini, que no dudó en tomar numerosas medidas policiales para debilitar el partido borbónico, como fueron el arresto y expulsión de diversas personalidades del clero, la aristocracia y el antiguo ejército napolitano, entre las que se encontraban los arzobispos de Nápoles y Salerno, el obispo de Teramo, tres mariscales, siete generales, doce oficiales superiores y numerosos aristócratas. «Estas medidas de rigor tomadas contra personas de alto rango, hecho insólito en el gobierno lugartenencial, llevaron el pánico a los círculos reaccionarios, provocando la emigración o la fuga al extranjero o a Roma, de la mayor parte de las familias de la nobleza legitimista, y elevando a 71 las sedes arzobispales y obispales vacantes».[65]

Los grupos legitimistas golpeados por Cialdini constituían el sector más influyente de la oposición borbónica, que sin embargo no coincidía con la dirección operativa de las manifestaciones antiunitarias y de una parte del brigantaggio, ejercida por los comités borbónicos que, bajo la presidencia (normalmente honoraria) de algún título legitimista, se valían de exmilitares y exburócratas borbónicos, que actuaban cubiertos por la clandestinidad. El comité central, del que teóricamente dependían todos los demás, tenía su sede en Nápoles, y estuvo presidido por el conde de Camaldoli, Giulio Ricciardi. A finales de 1861 y principios de 1862, gracias al impulso del barón y exmayor de la gendarmería borbónica Achille Cosenza conoció un gran activismo, incrementando el *brigantaggio* y sosteniendo la agitación antiuni-

---

64 *Ibidem*, p. 77.

65 *Ibidem*, pp. 89-90. Estas medidas se tomaron sin celebración de juicio alguno, pues la policía no había conseguido reunir las pruebas necesarias para ello.

taria. Hasta mediados de 1863 estos comités borbónicos, que suministraban información, recursos y miembros a las bandas armadas, fueron raramente descubiertos por la policía.

Masari, en su famosa relación a la cámara de mayo de 1863, se inclinaba por considerar el *brigantaggio* como propio de aquellas regiones en que los campesinos vivían en una mayor miseria y no tenían acceso a la propiedad, lo que en líneas generales parece correcto, aunque no debe olvidarse la diferenciación que ya hemos señalado entre la lucha armada y el sostén de la misma.[66] En cualquier caso, llegada la hora de la verdad, cuando se observa la lista de actividades a qué se dedicaban los juzgados bajo la acusación de *brigantaggio* a lo largo de los años 1864 y 1865, se puede observar que están representadas todas las clases sociales de la población meridional, lo que se explica por el deseo de las autoridades de golpear no sólo a los combatientes sino también a quienes les apoyaban:

Estudiantes y artes liberales . . .	75
Obreros	595
Negociantes	358
Campesinos	5.816
Propietarios	1.266
Guardias Nacionales Movilizados	55
Marineros	9
Cocheros, mozos de cuerda . . .	76
Religiosos	55
Sin profesión	985
TOTAL	9.290[67]

3. La Contrarrevolución contra el poder.

A. *El Movimiento Jacobita.*

En opinión de McLynn, «el Jacobitismo en Escocia era una mezcla de convicciones religiosas, nacionalismo y sentimiento anti-Argyll entre los cla-

---

66 MOLFESSE, *op. cit.*, p. 107 y ss., se recogen diversos puntos de vista expresados por los contemporáneos sobre el carácter de revuelta social de este movimiento.

67 MOLFESSE, *op. cit.*, p. 289. Como dato curioso recoge que ya en 1863 los arrestos habían sido muy numerosos, y que entre los detenidos hasta octubre de dicho año se encontraban 34 síndicos, 61 magistrados y 80 oficiales de la milicia nacional. Estima en 12.000 el número de personas que fueron detenidas y obligadas a cambiar de residencia en virtud de la ley Pica.

nes», aparte del hecho, obvio, pero no desdeñable, de que los Estuardo eran una dinastía escocesa.[68] Para los episcopalianos, preponderantes en el noreste de Escocia, los derechos hereditarios e imprescriptibles de los Estuardo eran artículo de fe. Además, la Gloriosa Revolución había denegado la deseada oficialidad de la Iglesia episcopaliana. Debido al sistema feudal todavía imperante, el señor podía efectuar con rapidez una leva de sus vasallos, por lo cual las convicciones ideológicas podían ser llevadas fácilmente a la acción. El apoyo de esta región de Escocia, más rica, populosa, y políticamente importante que los *Highlands*, fue muy relevante en 1745.

El episcopalianismo, más aún que el catolicismo, aparecía pues como la religión natural de los jacobitas escoceses, mientras que el presbiterianismo era la religión de los *whigs*, si bien esta correlación se rompía en la postura de los clanes, donde también actuaban otros factores, como el hecho de que en los últimos tiempos se hubiera acentuado la hegemonía de los Campbell, que bajo la dirección de los Argyll, se habían apuntado al partido *whig*, aún antes de 1688. El alineamiento con los Estuardo era aquí, entre otras cosas, una forma de luchar contra su preponderancia. Por lo demás, pocos fueron los clanes que apoyaron incondicionalmente a los sucesivos pretendientes, pues incluso cuando las familias no estaban divididas ideológicamente, tendían a dividirse ellas mismas por razones de prudencia. Por lo general, el jefe del clan permanecía en su casa, oficialmente fiel al gobierno, mientras que uno de sus hijos alzaba el clan por los Estuardo. Incluso era frecuente que se enviase un hijo a cada bando, práctica también común entre los señores feudales de las *Lowlands*. Tras el Acta de Unión de 1707, con todas sus implicaciones, el jacobitismo fue identificado con el nacionalismo y la nostalgia del pasado de Escocia, haciéndose culturalmente imperante en la sociedad de la época, hasta el punto de que algunos republicanos se unieron a los Estuardo con el propósito de servirse de ellos.

Por otro lado, los jacobitas se reclutaban entre todos los descontentos con la política del gobierno que, a decir verdad, tenía muy pocos apoyos. Pero la posibilidad de sublevarse no estaba al alcance de cualquiera y por ello uno de los grandes problemas que se plantea es si sólo debemos considerar jacobitas a aquellos que toman las armas contra los hannoverianos, problema que también se plantea, bueno es recordarlo, en el caso de todos aquellos movimientos contrarrevolucionarios que se efectúan en contra del *status quo*. Paul Monod, que ha estudiado los apoyos sociales del movimiento jacobita en Inglaterra, marcando sus diferencias con Irlanda y Escocia, cree en la existencia de un fuerte sentimiento jacobita, que en ocasiones cuenta con el apoyo popular, pero que conduce a escasas personas a la rebelión –entre

---

68 Frank MCLYNN, *The Jacobites*, pp. 63-64.

otras cosas, por la falta de una estructura feudal que lo hiciera posible. Nos encontramos pues ante un fenómeno cultural que da lugar a una amplia literatura de oposición, a dichos y canciones sediciosas, a motines esporádicos, y también, en los más puristas, a una determinada forma de vivir. Por lo que a su número se refiere, lo cifra en una décima parte de la aristocracia, la *gentry* y el clero, así como una substancial minoría del resto de la población inglesa.[69]

Pero tal vez lo que nos interese más destacar del jacobitismo inglés a lo largo del siglo XVIII es su identificación con el partido *Tory*. Excluido el gobierno por los dos primeros jorges, que mantuvieron una pétrea hegemonía *Whig* entre 1716 y 1761, buena parte de los conservadores se volvieron hacia los Estuardo y colocaron en ellos sus esperanzas. Se trata de un fenómeno claramente político, pues la composición social de este grupo, en el que no faltan parlamentarios, oficiales del ejército, industriales y abogados, coincide con la de los *whigs*. Pero la amplia quinta columna jacobita existente en 1745 resultaba militarmente imposible, pues carecía de una fuerza militar en que poder apoyarse, y necesitaba de apoyo externo.[70]

B. *La Vendée.*

Para autores como Tilly o Secher, las causas de la sublevación vandeana deben buscarse fundamentalmente en la estructura del país y el descontento producido en el mismo por las medidas revolucionarias. Tilly parte del concepto de urbanización, y en torno al mismo distingue varias zonas en el oeste francés. Aquéllas donde existe un proceso de urbanización antiguo y una integración de la agricultura en las vías comerciales, se muestran favorables a la revolución. Por el contrario, cuando nos encontramos con un proceso de urbanización nuevo, que ha dado lugar a numerosas tensiones en la estructura de una sociedad que todavía no ha podido adaptarse al mismo, es cuando surgirá la contrarrevolución, que tiene su origen en la oposición

---

69 *Vid.* Paul Kléber MONOD, «El impacto social del jacobitismo inglés», en Joaquim VERÍSSIMO SERRAO y Alfonso BULLÓN DE MENDOZA, *La Contrarrevolución Legitimista*, pp. 69-81. Un amplio seguimiento de las repercusiones que el movimiento jacobita tuvo sobre la vida inglesa entre 1688 y 1788 puede verse en la obra del mismo autor *Jacobitism and the Englis people, 1688-1788*, Cambridge University Press, 1993. La oposición aumenta cuando tras la muerte de la reina Ana se instaura la dinastía de Hannover, netamente extranjera.

70 Las relaciones entre conservadores y jacobitas han sido ampliamente estudiadas por Eveline CRUICKSHANKS, *Political Untouchalbes: The Tories and the '45*, Londres, Duckworth, 1979 y James J. SACK, *From Jacobite to Conservative. Reaction and orthodoxy in Britain, c. 1760-1832*, Cambridge University Press, 1993.

entre el campo y la ciudad. El carácter contrarrevolucionario de la Vendée era pues evidente incluso antes de la revolución, y el conflicto que estalla en 1793 viene determinado por la propia fuerza de las estructuras.[71]

Muy distinta es la posición de Secher. Ante todo se plantea, a nuestro parecer con indudable acierto, que la pregunta ¿por qué La Vendée?, es una pregunta incorrecta. Los alzamientos contra la revolución se van a dar en diversos puntos de Francia, y La Vendée no será sino su más claro exponente.[72] A través de un análisis de los cuadernos de quejas, Secher llega a la conclusión de que los vandeanos eran tan partidarios de reformas como el resto de los franceses. El desencanto llega como consecuencia de la propia política revolucionaria, de sus reformas administrativas y religiosas, aspecto este último que cobra gran importancia a partir de la constitución civil del clero y la persecución de los sacerdotes refractarios:

> «A partir de aquí, las características de la guerra de Vendée se explican: guerra popular, lo es por el origen de sus participantes; guerra rural, lo es por el marco en el que se desarrollan; guerra clerical, luego religiosa, lo es por el móvil que ha armado el brazo de los vandeanos; guerra política, lo es por la elección democrática de su encuadramiento. De hecho, esta guerra es ante todo una cruzada por la libertad individual, la seguridad de las personas, la conservación de los bienes. Frente al "tirano de opresión", la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano se une a Santo Tomás de Aquino para justificar moralmente la insumisión. Su texto no es ambiguo (art. 35): "Cuando el gobierno viola los derechos del pueblo, la insurrección es, para el pueblo y para cada parte del mismo, el más sagrado de los derechos y el más indispensable de los deberes"».[73]

Yves-Marie Bercé, en el congreso celebrado en La Roche-sur-Yon con motivo del bicentenario del inicio de las guerras de Vendée, al tiempo que rechaza las explicaciones de los que quieren ver en La Vendée un tosco

---

[71] Charles TILLY, *La Vendée. Révolution et contrerévolution*, París, Fayard, 1970. La edición francesa contiene una serie de apéndices que se habían suprimido en la inglesa de 1964.

[72] Reynald SECHER, *Le génocide franco-française: La Vendée-Vengé*, París, PUF, 1986. En lo mismo hace hincapié François FURET en las voces «chouannerie» y «Vendée» del *Dictionnaire critique de la Révolution Française*, París, Flammarion, 1988. Tal y como lo plantea, si el 19 de marzo no hubiera sido derrotada la columna republicana destinada a acabar con la sublevación, ésta hubiera podido, al igual que ocurrió en otros muchos lugares, acabar allí mismo.

[73] SECHER, *op. cit.*, p. 295.

determinismo geográfico (combate de los habitantes de los campos cerrados –*bocages*–, incomunicados del mundo exterior, y con una geografía especialmente apta para la guerra, contra los habitantes de la *plaine*, supuestamente republicanos, olvidando que a finales del XVIII la diferencia entre estas zonas era mucho menor que en la actualidad, y que de hecho la guerra de emboscadas que se suele describir como típica de La Vendée lo es sobre todo de los chuanes), ha retomado un sugerente planteamiento formulado inicialmente por Émile Chenon (1892) y Louis Merle (1941), pero que hasta la fecha había pasado prácticamente inadvertido. El núcleo geográfico de la zona que se subleva en 1793 se corresponde con las antiguas marcas fronterizas que separaban Poitou y Bretaña. Estos territorios habían conservado una especificidad a lo largo del tiempo, que se había visto reforzada por la revuelta fiscal iniciada poco después de la guerra contra España de 1635, revuelta cuyas fronteras dibujan los contornos de la insurrección de 1793. En vísperas de la revolución, los habitantes de las marcas habían reivindicado su derecho al particularismo, haciendo constar que las marcas tenían «su constitución y administración particular bien constatada y confirmada por todos nuestros reyes. No están sujetas a ninguno de los impuestos de Bretagne y de Poitou... Un síndico general y sus comisarios elegidos unos y otros por todos los órdenes reunidos son los únicos oficiales de las marcas, y realizan sus funciones sin percibir ningún salario». Se obtuvo una representación autónoma, y aunque los cuadernos de quejas redactados por cada orden no tienen nada de característico, todos se pusieron de acuerdo sobre un artículo general reclamando «conservar y mantener la constitución y los derechos del país de las Marcas».[74] A finales de 1789, se hizo un último esfuerzo por mantener la unidad de las marcas, que no fue respetada por la nueva división departamental, que acabó también con todos sus privilegios fiscales y administrativos.

Al constatar la coincidencia de estas marcas con el escenario de la revuelta vandeana, Bercé afirma: «El teatro de la "Vendée militaire" ha venido por tanto a cubrir un sitio marcado por la historia. La muy antigua situación fronteriza había engendrado unos estatus específicos, cuya huella plurisecular había hecho nacer más tarde una tradición insurreccional de defensa de las libertades locales... La zona insurgente reproduciría por tanto el dibujo de un aire secular de particularismo y la "Vendée militaire" aparecería en consecuencia, no solamente por su revuelta, sino por su lejano origen, como

---

[74] Yves-Marie BERCÉ, «Géographie politique du soulèvement vendéen», en *La Vendée dans l'Histoire. Actes du Colloque*, París, Perrin, 1994, pp. 21-35. Estas actas, sumamente interesantes, cuentan ya al menos, que nosotros sepamos, con una traducción al italiano. Tanto Raoul Girardet en su «Préface», como Pierre Chaunu en el «Postface», resaltan la importancia de esta ponencia.

un país utópico, un enclave de libertad».[75] La hipótesis de una zona que a lo largo de los años había sabido mantener una serie de privilegios que la hacían especialmente libre dentro de la Francia del Antiguo Régimen, y que habituada a la libertad reacciona con dureza ante la amenaza que para la misma supone el deseo de nivelación revolucionario, se hace especialmente sugerente si tenemos en cuenta que en buena parte sería también aplicable a los carlistas vasconavarros y a los jacobitas escoceses.[76]

Para Charles Tilly la guerra de Vendée es consecuencia de una sociedad que vive en conflicto entre unos sectores dinámicos y otros tradicionales. La toma del poder local por los pequeños núcleos de burgueses vinculados a las actividades comerciales, su aplicación de las medidas revolucionarias, crea un profundo conflicto social en el seno de las comunidades vandeanas que tiene como consecuencia una revuelta de los pueblos contra las ciudades y los grupos que les oprimen. No obstante, cuando a la hora de la verdad trata de comprobar sus hipótesis sobre diversas listas de participantes en la insurrección el resultado no puede ser menos satisfactorio, pues «los elementos rebeldes no están lejos de representar un corte transversal del conjunto de la población rural».[77] Y aquí debe advertirse que Tilly no sólo utiliza las listas de vandeanos de forma abstracta, sino que compara su estructura social (diferencia fundamental con lo que suele hacer la historiografía española) con la de la sociedad en que se desenvuelven. El ejército vandeano no es una masa de campesinos, sino que campesinos y artesanos vienen a estar representados a partes iguales, mientras que la oficialidad se recluta entre nobles y burgueses, que se hallan sobrerrepresentados. A la misma conclusión llega el trabajo de Petitfrère sobre el ejército vandeano, donde en oposición a Bois, que señalaba a los artesanos como los principales defensores de la república en la zona de la Sharte, observa cómo en Les Mauges (que es también la zona estudiada por Tilly), ambos marchan juntos en su lucha contra la revolución.[78]

---

[75] BERCÉ, *op. cit.*, p. 34.

[76] En última instancia, aunque refiriéndose a un marco más amplio, tal es también la tesis de Roger DUPUY, «Vendée et chouannerie ou les apparences de la différence», en *La Vendée dans l'Histoire*, p. 87: «Más que un combate por la Libertad, que la Nación reclama para sí misma, las insurrecciones del Oeste aparecen como un combate por las libertades; es decir por las franquicias locales cara a las exigencias del Estado nuevo, que no tolera más ni las acomodaciones con el pasado ni la pluralidad de las legislaciones».

[77] TILLY, *op. cit.*, p. 328.

[78] Claude PETITFRÈRE, *La Vendée et les vendéens*, París, Gallimard/Julliard, 1981, p. 132, donde recoge los datos de su obra *Les Vendéens d'Anjou (1793)*. Paul BOIS, *Paysans de l'Ouest. Des structures économiques et sociales aux option politiques depuis l'époque révolutionnaire dans la Sharte*, Le Mans, Vilaire, 1960. Esta obra, de la que se ha publicado una versión resumida en 1970, hace referencia a los chuanes.

La participación de los nobles en los ejércitos vandeanos es sobradamente conocida. Los sublevados les llaman para que se pongan a su frente y les den la organización militar de que carecen.[79] Pero ello no debe hacernos pensar que se trata de una postura unánime, pues como dicen los jefes vandeanos en su declaración al gobierno inglés, en las tierras que iban liberando «los valientes se han envilecido y debilitado bajo el yugo del despotismo republicano. Los gentileshombres, los oficiales de Su Majestad, liberados por nosotros de una horrible cautividad, han rehusado unirse a nuestras banderas y han preferido una vergonzosa neutralidad».[80] Y eso por no recordar que la ciudad de Nantes, atacada por el ejército católico y real a las órdenes del carretero Cathelineau, es defendida por las tropas republicanas al mando del conde de Canclaux, antiguo general de Luis XVI, al que años más tarde veremos reprimiendo el desembarco de Quiberon y luchando contra Charette.

La burguesía, cuya participación en el ejército vandeano sorprende a Tilly, ve confirmada su presencia en las *Memorias* de La Rochejaquelein, donde hablando de la reunión de los ejércitos vandeanos que tuvo lugar en Varades, afirma que se notó una escasa asistencia de las tropas procedentes de la zona de Bressuire, aunque sí estaban presentes «casi todos los oficiales, muchas damas y burgueses». Más reveladora puede resultar aún su opinión sobre la población de Nantes, símbolo por excelencia de la ciudad republicana:

> «El pueblo bajo de Nantes pensaba bien en general, y salvó a muchos. Los grandes comerciantes pensaban también bien. La mayoría sólo eran federalistas, por ello, condujeron a París para ser guillotinados a los mil quinientos negociantes más importantes de Nantes. Muchos de ellos murieron en prisión, y el resto se salvó por la muerte de Robespierre. El pueblo bajo de origen rural, compartía los sentimientos de los campesinos. Pero los patriotas convencidos se encontraban entre la clase media de los artesanos y vendedores».

Así, aunque ciertamente la mayor parte de las clases medias comercia-

---

79 A este respecto es interesante la opinión de un ardiente republicano como SAVARY, *Guerres des vendéens*, tomo I, pp. 38-39, quien refiriéndose a los comienzos de la sublevación afirma: «Todo lo que pertenecía a la nobleza era seguido de cerca por la administración; les era difícil verse, concertar planes y ponerlos en ejecución. No podían pensar más que en su seguridad personal, y vivían en el aislamiento; así, según la propia confesión de Elbée, la nobleza no ha podido organizar la guerra civil, fue arrastrada por las circunstancias y por la voluntad de los campesinos».

80 CHAMARD, *Les origines...*, pp. 14-15.

les estuvieran con los republicanos, queda clara no sólo la existencia de una gran burguesía opuesta al deslizamiento radical de la revolución, sino también que la ciudad en sí no era republicana. En muchas ocasiones, no hay que olvidarlo, el aspecto proliberal de las ciudades se debe a la existencia de una población más amplia, donde los partidarios de la revolución pueden aglutinarse en núcleos de relativa importancia, y merced al control de instituciones tales como los ayuntamientos o la guardia nacional, imponer su voluntad sobre una multitud desarmada y desorganizada.

Por lo que se refiere a la participación del clero, la marquesa de La Rochejaquelein es bastante clara en sus *Memorias*:

> «Siempre se dijo en Francia que los sacerdotes fanatizaban al ejército, esto no es cierto. Sin embargo es verdad que una vez establecida la revuelta, la apoyaron. Lo que no es cierto en absoluto es que condujeran a nuestra gente al combate con el crucifijo en la mano. Muchos soldados rezaban el rosario durante las marchas por iniciativa propia; solían hacerlo en fila, con el sombrero en la mano, mientras caminaban. Sólo en Dol vi a un sacerdote fanatizando al ejército, como decían los republicanos; pero hasta los más patriotas reconocerán que era un acto de humanidad y de religión porque nos encontrábamos en una situación desesperada. Sólo teníamos dos alternativas, el mar o Dinan, que estaba llena de azules y pereceríamos en caso de ser derrotados».

A decir verdad, ella misma recoge que tras la derrota de Fontenay los generales no perdieron el ánimo: «simulaban un aire de alegría y seguridad diciendo que se tomarían la revancha al cien por cien. Invitaron a los sacerdotes a exhortar al pueblo para animarlo y sobre todo para decir que Dios había permitido la derrota para demostrar su disgusto ante los destrozos ocurridos en algunas casas de Châtaigneraie», lo que muestra su soporte espiritual a la rebelión. No obstante, estamos muy lejos de las afirmaciones de un Savary, para el cual el alzamiento fue posible debido al furor y la sed de sangre que los sacerdotes hicieron anidar en el pecho de los vandeanos, que cuando se separaban de sus intereses particulares no eran sino niños grandes «que el cura y el hechicero tienen siempre a su merced».[81]

---

[81] SAVARY, *Guerres des vendéens*, tomo I, pp. 38-39. Al hablar de esta sed de sangre no estará de más recordar que el origen de la ponencia de Dupuy «Vendée y chouannerie ou les apparences de la différence» era precisamente el tratar de explicarse el porqué de la generosidad de ciertos perdones colectivos ofrecidos por los vandeanos a sus prisioneros, frente a la guerra a muerte que se desarrollaba en Bretaña.

c. *El Carlismo*.

La discusión sobre las bases sociales del carlismo reviste hoy en día una doble vertiente. Por un lado, se polemiza sobre cuáles fueron los sectores sociales que apoyaron al Pretendiente, y cuáles los que se opusieron al mismo, sin olvidar las posibles diferencias regionales. Por otro, se debate hasta qué punto los carlistas representaban el sentir de la mayoría de los españoles, o tan sólo el de una minoría, aunque fuese una minoría menos minoritaria que la de sus adversarios. Por lo que a la segunda de estas cuestiones se refiere, debo declarar que, en mi humilde opinión, el desarrollo militar de la primera guerra carlista es incomprensible sin la existencia de un procarlismo popular, procarlismo que, resulta evidente, no procede de la mera adhesión a los derechos dinásticos del infante don Carlos, sino de la conjunción de todos los posibles factores de oposición a los gobiernos isabelinos. Además, soy bastante escéptico ante la posibilidad de que la mayor parte de la población de un país que se ve envuelto en una guerra civil pueda ser completamente indiferente al conflicto. Podrá estar harta del mismo, podrá desear que acaba cuanto antes, gane quien gane, pero veo muy difícil que, en su fuero interno, y sin que ello signifique que esté dispuesta a hacer nada por ninguno de los contendientes, le da absolutamente igual el triunfo de una u otra parte. Recordemos la guerra de la Independencia. Recordemos incluso el 2 de mayo de 1808, fecha de la sublevación de Madrid contra los franceses, y no podremos menos de reconocer que en este día más del 98% de los madrileños se hallaba cómodamente en el interior de sus casas, sin tomar la menor parte en el combate que se desarrollaba en diversos puntos de la capital, y sin que ello deba hacernos suponer que les daba igual el triunfo de sus compatriotas que el de los soldados de Murat.

Pero veamos, en la medida de lo posible, cuál fue la posición que los diversos sectores de la sociedad española tomaron ante el conflicto.

La nobleza, ante una guerra en la que al menos en lo material tenía mucho que perder y poco que ganar, trató de mantenerse al margen en la medida de lo posible. No obstante, no faltaron significativas minorías que combatieron en ambos bandos. El régimen isabelino, que controlaba el aparato del estado y la estructura del ejército, así como la corte, cuenta con la adhesión de numerosos aristócratas, como pudo verse cuando se constituyó el estamento de próceres, que durante unos breves años pareció devolver a la nobleza algún protagonismo político. Eso sí, es necesario tener cuidado con las apariencias, pues en ocasiones nos encontramos con sorpresas tales como la que nos da una clasificación de los mayordomos y gentilhombres de palacio efectuada por la policía isabelina, según la cual eran partidarios

del Pretendiente en su práctica totalidad.[82] El apoyo a don Carlos, que en su día estudiamos con cierto detenimiento, es bastante más difícil de detectar, pues muchos de los aristócratas que desean su triunfo prefiere permanecer en el anonimato ante las consecuencias que podría derivarse de una pública toma de postura, que hubiera conllevado la expropiación de todos sus bienes. No obstante, no faltaron los que acudieron a presentarse ante su rey, o los que formaron parte de las Juntas de Gobierno carlistas, de sus cuadros militares, o de su cuerpo diplomático. Los 103 aristócratas que nos consta apoyaron al Pretendiente reunían unos doscientos títulos, o sea, alrededor de un 20% de los entonces existentes. Así, la colaboración con don Carlos es mayor de la que tradicionalmente se suponía, y cuando en el sexenio democrático encontremos un amplio grupo de aristócratas en torno a Carlos VII, podemos no estar tanto ante un cambio de postura (que ciertamente se produjo en algunos casos tras la caída de Isabel II), como ante la explicitación de posiciones que anteriormente se habían disimulado en mayor o menor medida. Sin embargo, debemos llamar la atención ante el hecho de que la mayor parte de los títulos que durante esta época encontramos en las filas del partido carlista, forman parte de los comités electorales y de las direcciones políticas provinciales que funcionan antes de que se inicie la tercera guerra, pues una vez iniciada ésta, como ya ocurrió durante la primera, la mayor parte prefiere quedarse en sus casas a esperar la victoria del Pretendiente.

Al hablar del clero, no estará de más comenzar recordando la existencia de un clero liberal, pues aunque su número no fuera excesivo sus posibilidades de acción eran prácticamente ilimitadas. A la muerte de Fernando VII la mayor parte del episcopado español reconoció sin problemas a la nueva Reina. Sin embargo, no tardó en estallar un grave conflicto entre la Iglesia y el Estado, cuya causa no era dinástica, sino producto de la política eclesiástica de los gobiernos isabelinos. Medidas tales como la desamortización, la exclaustración, o la creación de una Junta Eclesiástica nombrada por el gobierno para proceder a la reforma de la Iglesia en España, no pudieron menos de provocar el rechazo de numerosos prelados. Aún así, y pese a los numerosos destierros y confinamientos, la mayoría continuó sin unirse a las filas carlistas y tratando de permanecer al margen del conflicto, pese a lo cual los liberales no dudaban en tildarlos de acérrimos carlistas, para de esta forma disfrazar la causa real de sus enfrentamientos. Dentro del clero es ya tradicional la división establecida entre la postura del regular y el secular. Para los primeros el liberalismo significaba «la extinción total de una forma

---

[82] Sobre la actitud de la nobleza ante la guerra carlista puede verse Alfonso BULLÓN DE MENDOZA, *La Primera Guerra Carlista*, pp. 479-503.

de vida que los religiosos habían abrazado por profesión. Era algo más que un recorte de privilegios, o una usurpación de bienes. Era, nada menos, que la negación de un estado de vida, de una forma de existencia»,[83] por lo que no tiene nada de extraño que dentro de sus filas pudiera haber una mayor beligerancia contra el liberalismo, que no por ello dejaba de contar con adeptos. Al igual que en la guerra de la Independencia, la inmensa mayoría del clero secular permaneció en sus parroquias, atendiendo sus labores pastorales, y procurando vivir al margen de la guerra. En la segunda guerra la cuestión ni se plantea, mientras que en la tercera la iglesia adopta una postura todavía más distante y, en su momento, de claro apoyo a Alfonso XII.

Si pasamos a las filas del tercer estado la cuestión ha tenido múltiples enfoques. Hoy por hoy, no parece ya mantenible la tesis según la cual el carlismo fue una rebelión del campo contra la ciudad, y los intentos de presentarlo como un movimiento de protesta social tampoco han tenido mejor éxito. Poco a poco se afianza la imagen del carlismo como un movimiento interclasista, en el que los diversos estratos sociales se hayan representados de forma similar a su presencia en el seno de la sociedad. Caso distinto es el del liberalismo, donde la presencia de algunos sectores (nobleza, burguesía comercial, clases medias profesionales) alcanza proporciones muy superiores a la que les correspondía en la sociedad de su época, mientras que otros se encuentran claramente subrepresentados.

III. IDEOLOGÍA.

1. La Contrarrevolución en el poder.

A. *El Miguelismo.*

Como ha recordado recientemente Armando da Silva, la identificación entre la causa de Dios y la del Rey es una de las constantes de la propaganda miguelista.[84] El ataque contra la masonería y las sociedades secretas, de gran arraigo en Portugal, tiene aquí una virulencia que no se alcanza en el caso español, y que no hace sino resaltar el carácter religioso de la contienda.

Dado que la legitimidad de don Miguel se basaba en que don Pedro había alterado las leyes fundamentales del reino sin contar con sus órganos tradicionales de representación, no debe extrañarnos que la defensa de estas

---

[83] Manuel REVUELTA, *La exclaustración*, p. 114.

[84] Cfr. Armando BARREIROS MALHEIRO DA SILVA, *Miguelismo. Ideologia e mito*, Coimbra, Livraria Minerva, 1993, pp. 44-75.

leyes se encuentre también dentro del ideario miguelista, así como la imposibilidad de aceptar su modificación por un mero acto arbitrario del monarca, lo que no dejaba de suponer una limitación del poder real, por muy absoluto que lo proclamaran sus defensores. La supeditación de Portugal a la política extranjera durante el primer tercio del siglo XIX, y la injerencia de diversas potencias contra don Miguel, hacen que sus defensores adopten un tono nacionalista que, al igual que las técnicas de movilización política utilizadas, suponen rasgos de modernidad.

Como ocurre en prácticamente todos los movimientos contrarrevolucionarios, en el miguelismo existían diversas posturas ideológicas. En opinión de Siebertz, junto a los partidarios del antiguo absolutismo se encontraban quienes querían abolirlo, buscar en el regreso a las antiguas tradiciones el desenvolvimiento político del país, y fundar su Monarquía en la defensa de las libertades corporativas y municipales. Ésta sería la postura del propio monarca, así como la de algunos de sus políticos más destacados, como el duque de Cadaval, el vizconde de Santarem y Antonio Ribeiro Saraiva, «que conseguirían hacer entrar un soplo de aire puro en un sistema tradicionalmente cerrado sobre sí mismo». Los continuos intentos de los liberales no hicieron sino fortalecer la opinión de los sectores ultrarrealistas que se oponían a cualquier tipo de reformas, encabezados durante un tiempo por Doña Carlota Joaquina, y que fueron los que acabaron dando el tono general del reinado.[85]

Sin embargo, no hemos abordado lo que constituiría el factor fundamental a la hora de diferenciar desde el punto de vista ideológico a los movimientos contrarrevolucionarios que disponen del estado y a los que se ven forzados a luchar contra el mismo: la práctica del poder. O lo que es lo mismo, el modo del cual, llegada la hora de la verdad, se plasman las ideas. Pero ésta es una cuestión que dejamos para trabajos posteriores.

2. La Contrarrevolución en y contra el poder.

A. *El legitimismo napolitano.*

Si en todos los legitimismos europeos suele haber diferentes corrientes ideológicas, tal vez sea el legitimismo napolitano aquél en que podemos encontrar un mayor abanico de posiciones. En junio de 1860, en plena invasión garibaldina, Francisco II reinstaura la constitución de 1848 e integra en el gobierno a diversos liberales. La medida no pareció muy del agrado de los

[85] SIEBERTZ, *Dom Miguel e a sua época*, pp. 9 y 151.

auténticos servidores del monarca, y así, el cardenal Sixto Riario Sforza, arzobispo de Nápoles denunció al rey los graves peligros derivados de la libertad de imprenta y la institución de la guardia nacional, mientras que el ejército no aceptó la sustitución de la bandera con la flor de lis por la tricolor revolucionaria, lo que dio lugar a diversas revueltas. En Nápoles, tropas de la guardia real asaltaron los puestos de la milicia para obligar a sus miembros a dar vivas al rey y mueras a la constitución.[86] No parece que a pesar de sus esfuerzos Francisco II consiguiera hacerse con el apoyo de los liberales de las Dos Sicilias, que además de insurreccionar las unidades de la guardia nacional engrosaron el número de los voluntarios garibaldinos.[87] No por ello se dio ningún cambio radical en la postura del monarca y así, en las instrucciones que se dan al coronel Teodoro Klitsche de La Grange a mediados de septiembre de 1860 para extender los dominios de las tropas borbónicas, si bien se le ordena disolver la guardia nacional y sustituirla por «un cuerpo limitado de guardias de seguridad», compuesto en buena parte «por los antiguos urbanos» así como «hacer que se conserve el orden, el respeto de la religión y de los ministros de la Iglesia», también se deja bien claro que no se debía hablar de las instituciones políticas, a fin de no «avivar recelos y temores por un lado, ni despertar las pasiones por el otro».[88]

Años más tarde, ya desde el exilio, Francisco II se dirigía a sus súbditos en términos que, en principio, parecen estar muy lejos de su absolutismo de primera hora:

> «Pero cuando quiera que llegue el día de la restauración, no nos engañemos, señores, será difícil y penosa tarea el restituir paz y prosperidad a un pueblo arruinado. Necesitaré entonces de las luces y el concurso de todos. Decid, por tanto, a vuestros comitentes que mis principios son inmutables y mis propósitos inalterables, la amnistía y el perdón han de ser mi regla general de política, como son los sentimientos de mi alma. Bajo la custodia de un régimen sinceramente representativo, podrá el pueblo tomar parte eficaz en el gobierno y administración, aplicando en común todas nuestras fuerzas a nuestra regeneración política. La Sicilia tendrá indepen-

---

[86] Francesco PAPPALARDO, «El *Brigantaggio* en el Sur de Italia», p. 52.

[87] PAPPALARDO, «El *Brigantaggio* en el Sur de Italia», recoge las cifras de Rosario ROMEO, *Il giudizio storico sul Risorgimento*, Bonnano, Acireale, 1987, pp. 123-124, según la cual de los 53.000 hombres con que contaba el ejército garibaldino al final de la campaña 45.000 eran septentrionales, mientras que MOLFESE, *Storia del brigantaggio dopo l'Unità*, afirma que tres quintas partes de sus efectivos eran voluntarios meridionales.

[88] PAPPALARDO, «El *Brigantaggio* en el Sur de Italia», pp. 53-54.

dencia económica, administrativa y parlamentaria, y Palermo compartirá con Nápoles el honor de ser residencia de los Reyes».[89]

Ahora bien, ¿combatían por estos mismos principios la mayor parte de sus defensores? La cuestión es cuanto menos discutible y, si llegamos no ya al legitimismo de los soldados y comités borbónicos, sino al pensamiento de los propios brigantes, bastante problemática. En efecto, no cabe esperar de estos últimos grandes formulaciones teóricas, aunque la *Civiltà Cattolica* reaccionó con indignación ante la afirmación de Ricasoli de que los sublevados carecían de un programa político: «Pero la bandera borbónica que los sardos vieron brotar sobre cada cumbre, ¿no es un *programa político* suficientemente visible? Y los gritos de ¡Viva Francisco II! que con frecuencia los sardos oyeron resonar, ¿no constituyen un *programa político* suficientemente audible? Y el derribo, tan frecuente, de los bustos de yeso del rey sardo y de Garibaldi, hecho por doquier aparecía un brigante y el alzamiento en su lugar de los retratos de Francisco II, ¿no constituye un *programa político* bastante evidente? Y el exterminio de todo lo que es liberal, piamontés o garibaldino, que se hace en cada comarca en que surge la reacción, ¿no es un *programa político* bastante palpable?».[90]

Eric Hobsbawm ha recogido el interrogatorio hecho por un juez a un bandolero borbónico, que afirmó «Estamos luchando por la fe», y preguntado qué entendía por la misma respondió de la siguiente forma: «La sagrada fe de nuestra religión... Estábamos luchando por la fe, y teníamos la bendición del Papa, y si no hubiese perdido el papel que vino de Roma, se convencería usted de que luchábamos por la fe». Al parecer, en aquel documento se afirmaba que «el que lucha por la sagrada causa del Papa y de Francisco II no peca» y que «los verdaderos bandoleros son los piamonteses, que han robado su reino a Francisco II, que estaban excomulgados, y que nosotros teníamos la bendición del Papa». La última declaración del brigante fue del tenor siguiente: «Bueno, pues estando aquí los *bersaglieri*, y sabiendo yo como lo sé que he de morir y voy a ser fusilado, repito que tuve ese papel, y que todo lo que he dicho que llevaba escrito es la pura verdad... Yo y mis compañeros tenemos a la Virgen por protectora y si hubiese conservado

---

[89] RIBÓ, *Retrato histórico del Rey de las Dos Sicilias*, p. 192. A lo largo de toda su obra el autor insiste en la veracidad de la conversión de Francisco II al liberalismo: «En días no lejanos, se ha creído hasta por personas de alguna ilustración, que para defender al Rey de las Dos Sicilias, era necesario ser partidario del absolutismo; y esto es un error gravísimo que debemos rechazar. A Francisco II, deben respetarle y elogiar sus actos todos los defensores de la monarquía representativa, cuyas teorías no podemos dejar de repetir, son las que sustenta el joven Rey destronado» (172-173).

[90] Citado por PAPPALARDO, «El *Brigantaggio* en el Sur de Italia», p. 60.

aquel mandato con su bendición, seguramente me hubiese librado de la traición que se me ha hecho... Confirmaré cuanto llevo dicho al confesor que, espero, se me concederá».[91]

En cualquier caso, es muy probable que la hipótesis de Carlo Tullio Altan, que habla de «un enfrentamiento o choque entre civilizaciones» responda claramente a las auténticas causas del enfrentamiento entre *brigantes* y liberales.[92]

3. La Contrarrevolución contra el poder.

A. *El Movimiento Jacobita.*

Además del componente nacionalista del que podía revestirse en Irlanda o Escocia, la ideología jacobita se apoyaba en tres elementos fundamentales. Por un lado nos hallamos con el quietismo de Fenelon, cuyo aspecto más destacado era la aceptación de la providencia divina. Después estaba la teoría de la monarquía de derecho divino, hereditaria e imprescriptible, tomada sobre todo de las teorías de Bossuet y de Filmer, que tenía un amplio apoyo entre el pueblo. Por último, tenemos lo que se ha dado en denominar el elemento *Country* del jacobitismo: oposición a la deuda nacional, a los altos impuestos y al ejército permanente, y adhesión a una antigua constitución localizada en una época dorada del pasado, con separación de poderes, parlamentos anuales, etc.[93]

Buena parte de estos principios, expresados de forma mucho más sentida de lo que podría verse en cualquier obra de pensamiento, pueden hallarse en las declaraciones efectuadas antes de ser ajusticiados por diversos jefes jacobitas.[94] Así, Sir John Ashton, escribía su despedida en los siguientes términos:

---

[91] Eric J. HOBSBAWM, *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, Barcelona, Ariel, 1983, aunque Hobsbawm recoge esta declaración con el propósito de hacer ver la fuerza que se daba a los amuletos entre los que él considera «rebeldes primitivos», es también evidente la convicción del brigante de estar luchando por la religión.

[92] Carlos Tullio ALTAN, «Il brigantaggio post-unitario. Lotta di classe o conflitto di civiltà?», en AA.VV., *Italia moderna. Immagini e storia de un'identità nazionale*, Milán, Banca Nazionale del Lavoro, 1982, tomo I, pp. 99-117, citado por PAPPALARDO, «El *Brigantaggio*», en Joaquim VERÍSSIMO SERRAO y Alfonso BULLÓN DE MENDOZA, *La Contrarrevolución Legitimista*, pp. 247-248.

[93] MCLYNN, *The Jacobites*, p. 87.

[94] Como recoge Daniel SZECHI, *The Jacobites. Britain and Europe 1688-1788*, Manchester University Press, 1994, p. 37, era costumbre de la época hacer que los crimi-

«En cuanto a mi religión, yo declaro, por la gracia de Dios, morir en la fe en la cual he sido bautizado: la de la Iglesia de Inglaterra, en cuya comunión (no dudo de mi salvación a través de los méritos de mi salvador) siempre me he encontrado seguro y feliz. De acuerdo con sus principios y última muy estimada doctrina (pienso que ahora desgraciadamente destruida) yo he regulado mi vida; creyéndome siempre obligado, por mi religión, a considerar mi legítimo, legal Príncipe (cualesquiera que sean sus principios, o sus hechos) como Vicerregente de Dios, y responsable (si culpable de una mala administración) solamente ante Dios, del cual recibió su poder; y siempre creeré contrario a las leyes divinas, la Iglesia, y el reino, sobre cualquier pretensión que pueda hacerse, empuñar las armas contra él. Y deseo que todo el mundo tome noticia de que muero en esta creencia. Pero yo tengo obligaciones más particulares con el Rey, mi señor, a quien he tenido el honor de servir, y del que he recibido muchas señales de favor, durante los 16 últimos años; por tanto la gratitud (cosa no muy estimada en este tiempo) tanto como la obligación y la religión, ha dirigido el mayor esfuerzo con que yo he podido pagarle... Me parece que no hay otro camino para impedir maldades y salvar estas naciones de la pobreza y la destrucción que llamar al hogar a nuestro destronado soberano, quien, como verdadero padre de su pueblo, (a pesar de todas sus provocaciones e injurias) siente cariño y un amor natural por todos sus súbditos. Y estoy tan lejos de afligirme por la pérdida de mi vida, que si tuviera diez mil vidas me sentiría obligado a sacrificarlas todas antes que omitir cualquier medio justo y honesto para promover tan buen y necesario trabajo. Y yo advierto y deseo que todos mis seguidores piensen en sus obligaciones y vuelvan a su alianza, antes de que se les adelante el severo juicio de Dios y les pida cuentas por su perjurio y su rebelión. Pero ciertamente el bien y el interés de estas naciones, fuera de cualquier otra consideración, les convencerá largamente de la necesidad de hacerlo.

... ¡Perdona, perdona, oh Señor, todos mis enemigos; bendice todos mis amigos; conforta y ayuda a mi querida y afligida mujer, y pobres niños; sed un marido y un padre para ellos; sólo por ellos

---

nales, antes de ser ajusticiados, pudieran dirigirse al público desde el patíbulo, con el propósito de renegar de sus faltas y predicar el buen ejemplo. Sin embargo, los jacobitas hacían todo lo contrario, no considerándose culpables y animando a la lucha.

yo hubiera deseado haber vivido; pero perdona este deseo, o buen Dios, y acoge mi alma en tu eterna gloria! Amén».[95]

En cualquier caso, no debe olvidarse que el movimiento jacobita goza de una amplia extensión temporal, a lo largo de la que puede notarse una evolución en sus postulados oficiales. Así, en 1689, cuando la restauración parece próxima, el manifiesto de Jacobo II, elaborado por el conde de Melfort, se limita a prometer el perdón a quienes se sometan, sin más concesiones, pues ello habría supuesto la pérdida de influencia para el círculo católico que entonces dominaba en su entorno. Sin embargo, en el invierno de 1692-3 es el propio Luis XIV quien presiona para que ofrezca condiciones más aceptables por sus antiguos súbditos, consiguiendo que los protestantes ganen posiciones en su entorno y que se dé un nuevo manifiesto, por el cual Jacobo II reconocía los cambios operados en el país durante su ausencia, incluida la supremacía de la Iglesia de Inglaterra. A partir de 1715, la libertad religiosa cobra de nuevo vigor en los postulados jacobitas, y en 1753 un Carlos Eduardo convertido al anglicanismo postula uno de los programas políticos más radicales de su siglo: parlamentos anuales; limitación a un máximo de 50 del número de empleados de la Corona que podían formar parte del mismo; sustitución del ejército por una milicia en tiempos de paz; libertad de prensa; libertad religiosa; propuesta de unión de los tres reinos a un parlamento libre...[96]

---

[95] En el mismo sentido SZECHI, *The Jacobites. Britain and Europe 1688-1788*, pp. 148-150, también recoge la declaración de Archibald Cameron el 6 de junio de 1753: «Gracias a la Providencia he tenido la felicidad de ser tempranamente educado en los principios de la lealtad cristiana, que según he crecido, me inspiró un pronunciado horror hacia la rebelión y la usurpación, incluso cuando ha tenido éxito, y cuando he llegado a ser un hombre de estado, he tenido el testimonio de la religión y de la razón para confirmarme en la verdad de mis primeros principios. Por ello mi devoción a la real familia es más resultado del examen y de la convicción, que de la predisposición y el prejuicio; y como estoy ahora, también estuve entonces, dispuesto a sellar mi lealtad con mi sangre... Yo ruego al señor que acelere la restauración de la familia real (sin la cual esta nación miserablemente dividida no podrá encontrar nunca paz y felicidad) y que preserve y defienda al Rey, el Príncipe de Gales, y el Duque de York, del poder y la malicia de sus enemigos; que haga prosperar y recompense a todos mis amigos y benefactores, y que perdone a todos mis enemigos, asesinos y falsos acusadores desde el Elector de Hanover y su sanguinario hijo, hasta Samuel Cameron, el más innoble de sus espías, como yo libremente lo hago desde el fondo de mi corazón».

[96] *Vid.* Daniel SZECHII, *The Jacobites. Britain and Europe 1688-1788*, pp. 30-33, 140-141, 143-145 y 150-151.

B. *La Vendée.*

El descontento popular en Vendée estalla con motivo de la leva de 300.000 hombres impuesta por la Convención. En una sociedad donde se vivía una auténtica guerra civil entre el pequeño y activo partido patriota y el resto de la población, una leva de la que quedaban excluidos los funcionarios y miembros de la guardia nacional suponía, tal y como ha hecho notar Secher, dejar el país en manos de los revolucionarios. No obstante, para Roger Dupuy, la leva no será la gota que desborde el vaso, sino la exigencia más intolerable de la nación. Los vandeanos habían aceptado incluso la prohibición de los sacerdotes que se habían negado a jurar la Constitución Civil del Clero, organizando un culto clandestino en espera de convencer a las autoridades a que tuvieran más comprensión como los «buenos padres». «Pero no se acepta morir por la nación, se rehúsa este nuevo impuesto, más terrible aún que los precedentes: el de la sangre. Tanto más cuanto que se contesta la legitimidad de un poder que había sobrepasado el contrato reformista implícito en los cuadernos de quejas». En su opinión –expuesta en el ya citado congreso de La Roche-sur-Yon y que como veremos fue muy debatida– la religiosidad de que hacen gala los vandeanos será tan sólo una tapadera para legitimar su movimiento: «Se puede rehusar mejor el decreto de la leva de 300.000 hombres puesto que la Convención es ilegítima y ha asesinado al soberano legítimo del reino y ha atacado también al orden divino de la creación... La afirmación ostentosa de la piedad no será causa, sino consecuencia de la rebelión armada. Así como los voluntarios de Valmy de Jemmapes han tenido la necesidad de *la Marsellesa* o del *Ça ira* para manifestar su compromiso político, del mismo modo los paisanos vandeanos han tenido la necesidad de justificar y de cimentar su revuelta por las manifestaciones de su fe y de su generosidad cristiana».

La respuesta de Jean de Viguerie, posiblemente el máximo especialista francés en historia de la Iglesia, no se hizo esperar: la Vendée estaba en situación de guerra desde hacía tres años, pues la cuestión del juramento del clero había implicado a los fieles.[97] La Vendée, no hay que olvidarlo, había sido una zona recientemente reevangelizada por las misiones del padre Monfort y la importancia del factor religioso en su alzamiento parece difícilmente discutible. Así, el marqués d'Elbée no dudó en declarar ante el

---

[97] Intervención de Jean de Viguerie en el debate subsiguiente a la ponencia de Roger Dupuy, *La Vendée dans l'histoire*, p. 131. No hay que olvidar que ya en agosto de 1792 había habido un conato de levantamiento armado, y que anterior y posteriormente fueron numerosos los incidentes. También Petitfrère hizo constar que no estaba de acuerdo con Dupuy, pues antes de la guerra había en la zona peregrinaciones religiosas, «que son movimientos populares».

tribunal que le condenó a muerte: «Juro por mi honor que, aunque deseé un gobierno monárquico, no tenía ningún proyecto particular y hubiese vivido como un pacífico ciudadano bajo cualquier gobierno que hubiese asegurado mi tranquilidad y el libre ejercicio de la religión que profeso».[98] De hecho, son múltiples los testimonios que pueden recogerse sobre la religiosidad de los vandeanos, lo que consideramos innecesario dado que es un hecho evidente en las *Memorias* de la marquesa de La Rochejaquelein.[99] Pero no estará de más recordar que ésta era también la opinión de los republicanos. El 9 de octubre de 1791 los comisionados Gallois y Gensonne, de regreso de su misión en Vendée, presentaron un informe a la asamblea legislativa en que manifestaron que la región había permanecido en calma hasta que se ordenó prestar el juramento eclesiástico: «Esta división de los sacerdotes en juramentados y no juramentados ha establecido una verdadera división entre el pueblo de sus parroquias. Las familias están divididas... Esta división religiosa ha producido una separación política entre los ciudadanos. Para estos pobres habitantes de los campos, el amor o el odio de la patria consiste hoy, no en obedecer las leyes o respetar las autoridades legítimas, sino en asistir o no asistir a la misa de los sacerdotes juramentados».[100]

C. *El Carlismo.*

La impiedad de los liberales, con las medidas desamortizadoras, la quema de conventos y el asesinato de frailes, permitía a los carlistas identificar su causa con Dios, y la de sus oponentes con la de las tinieblas.

---

98 Recogido por J. CRETINEAU-JOLY, *Histoire des Generaux et chefs vendéens*, p. 187.

99 De todas formas, los interesados por este aspecto pueden consultar el documentado artículo de Jean de VIGUERIE, «El carácter religioso de la Vendée», en Joaquim VERÍSSIMO SERRAO y Alfonso BULLÓN DE MENDOZA, *La Contrarrevolución Legitimista (1688-1876)*, Madrid, Editorial Complutense, 1995, pp. 143-162.

100 Recogido por Jean-Julien SAVARY, *Guerres des vendéens et des chouans contre la République Française, ou annales des départemens de l'Ouest pendant ces guerres*, París, Baudouin Frères, 1824, tomo I, pp. 54-55. Para Savary la cuestión de la leva no fue sino una ocasión para verificar el alzamiento: «Tal era la situación política y religiosa de la Vendée. Todo estaba preparado para la guerra civil: no faltaba más que una ocasión, un pretexto, y podía ser un impulso extranjero para hacerla saltar. El fanatismo brotó con la leva de los trescientos mil hombres, y pudo establecerse rápidamente sobre las ruinas y las tumbas...» (59). Y añade que «Si el reclutamiento era la única causa de la sublevación, no debían estar descontentos más que aquellos que fueran designados para marchar, y ya se había decidido que los hijos de los labradores estarían exentos» (69).

El soldado carlista es, pues, un soldado católico en guerra de Religión, y como tal tiene derecho a esperar la protección divina, siempre que, a través de un buen comportamiento moral, sepa hacerse merecedor de la misma. Y no faltarán escritos en que se atribuyan los fracasos a los vicios que se habían introducido en las filas del ejército (tacos, juego, mujeres...).

Al observar la postura que ante la muerte adoptan numerosos carlistas, convencidos de no tardar en encontrarse ante el creador, y dispuestos a perdonar a sus enemigos, no cabe dudar de la sinceridad de sus sentimientos religiosos. No obstante, cabe destacar que en el proyecto de organización política que elabora Magín Ferrer en la época de la primera guerra, el clero no ve aumentado su papel político con relación al Antiguo Régimen, sino disminuido, pues en las cortes desaparece el brazo eclesiástico. Treinta años más tarde Aparisi atacaba expresamente la identificación que hacían los liberales entre carlismo y teocracia: «Se ha dicho que nosotros queremos el reinado de la teocracia; eso lo habrá dicho algún simple; pues bien sabemos que si la Iglesia es el poder supremo en lo espiritual, lo es el Estado en lo temporal». Lo que sí se afirma, en uno y otro autor, es el benéfico influjo que el catolicismo puede y debe ejercer sobre la sociedad.

Para los carlistas el poder procede de Dios, de quien lo recibe el monarca cuyo poder se veía limitado por la religión y las leyes fundamentales del reino (no hay que olvidar que la legitimidad del carlismo se basa en la incapacidad de Fernando VII de modificar por sí solo la ley de sucesión). Como recordaría Aparisi «un rey aunque se diga absoluto, no puede por sí solo establecer ni derogar una ley fundamental». A pesar de ello, y tal vez porque en las formulaciones que hemos encontrado el poder pasa directamente de Dios al rey, sin la intermediación del pueblo, no se llegan a formular doctrinas tan radicales en lo que a controlar su poder se refiere como las expuestas por la escuela de Salamanca en el siglo de oro, que como bien es sabido defendía la posibilidad del tiranicidio.

En opinión de Fray Magín Ferrer, las leyes fundamentales podían ser de diversos tipos, por lo que era un error tratar de plasmarlas en una constitución, pues no había una, sino tres constituciones: la natural (principios generales a todas las sociedades), la social (que abraza los principios que constituyen cada sociedad en particular) y la política (que regla la manera como se ha de gobernar la sociedad una vez constituida). La social «debe contener pocas leyes, o mejor diré, una declaración de pocos principios, ninguno de los cuales puede alterarse sin que se destruya el orden social». La constitución política no sería más que su forma concreta de aplicación. Pero Ferrer no se queda aquí, sino que nos ofrece una redacción de la constitución social. Este primer proyecto constitucional del carlismo, se puede sintetizar de la siguiente forma: monarquía absoluta, unidad católica, res-

peto a las leyes fundamentales del reino, e importancia de tomar en consideración la opinión de los súbditos.[101]

Y coincide con lo que más tarde escribirá Aparisi y Guijarro en su libro *Restauración*, pues para él las dos primeras leyes fundamentales de España son las siguientes:

> «1. La Religión Católica Apostólica Romana es la religión del Estado.
> 2. El Rey reina y gobierna conforme a las leyes, y con intervención, en ciertos casos, del Reino junto en Cortes».

Es pues de destacar la continuidad ideológica del pensamiento carlista, hecho tanto mas resaltable si se tiene en cuenta que parece hay un interés evidente por parte de los «neos» en aclarar que sus posturas no son las del antiguo carlismo.[102] Pero en ocasiones se trata más de cuestión de términos (rey absoluto), que de fondo. Los autores más citados en esta última época son Balmes (discípulo de Ferrer y Pou) y Donoso Cortés.

Sin embargo, esta continuidad en el núcleo esencial de la doctrina carlista no debe hacernos olvidar las diversas corrientes que siempre existieron dentro del carlismo. En sus orígenes ideológicos convergen tanto los tradicionalistas que habían combatido las doctrinas de la ilustración a lo largo del siglo XVIII, como aquellos ilustrados que, tras la Revolución Francesa, se negaron a ver en la misma una consecuencia de sus ideas, y se opusieron al liberalismo con todas sus fuerzas. Durante la primera guerra carlista, habría un momento en que estos ilustrados se sentirían más lejanos de sus propios compañeros de armas que del moderantismo, lo que ayudaría a explicar el Convenio de Vergara. Más tarde, el carlismo conocería nuevas divisiones, como las protagonizadas por Cabrera durante la tercera guerra, o por Nocedal después de la misma.

IV. LAS CAUSAS DE UN FRACASO.

Sin lugar a dudas, lo más fácil sería afirmar que la Contrarrevolución

---

[101] El texto íntegro puede verse en Fray Magín FERRER, *Las leyes fundamentales de la Monarquía española, según fueron antiguamente, y según conviene sean en la época actual*, Barcelona, Imprenta y Librería de Pablo Riera, 1843, tomo II, núms. 67-74.

[102] Esta continuidad ha sido recientemente resaltada por Alexandra WILHELMSEN, *La formación del pensamiento político del carlismo (1810-1875)*, Madrid, Ed. Actas, 1995, mientras que los intentos de los neos por marcar posiciones frente a épocas anteriores pueden verse en Julio MONTERO DÍAZ, *El Estado Carlista. Principios teóricos y práctica política (1872-1876)*, Madrid, Aportes, 1992.

fue derrotada por la propia fuerza de la Historia, pero ello sería admitir que la Historia ha tenido que ser como fue y no pudo ser de otra manera, y nada más lejos de nosotros que aceptar ningún tipo de determinismo histórico, pues la Historia no es sino el reino de la libertad del hombre. El cambio del Antiguo al Nuevo Régimen pudo darse de la forma en que tuvo lugar, o pudo seguir un modelo diferente, y de hecho no todos los países necesitaron de una revolución. Al igual que en el siglo XIX el liberalismo pudo aparecer como una fuerza incontenible, señal del progreso de los tiempos, en las primeras décadas del siglo XX ese papel parecía haber sido asumido por el fascismo, que sin embargo cayó en los campos de batalla.

A la búsqueda ya de razones concretas, y no de vagas entelequias pseudofilosóficas, es obvio que cada uno de los movimientos contrarrevolucionarios que hemos observado tuvo sus propias peculiaridades, y en cada uno podríamos señalar las causas de su fracaso, pero también pueden señalarse algunos aspectos más o menos generales:

1. Mientras que los estados a los que ha de enfrentarse la Revolución son estados débiles, que no pueden o no quieren utilizar sus recursos para mantenerse en el poder, la Contrarrevolución surge contra regímenes nuevos, con una acción represiva mucho más eficaz que la de sus antecesores, y sin el menor escrúpulo en utilizar todos los medios a su alcance. Es muy probable que la Francia de Luis XVI hubiera tenido grandes problemas para hacer frente a una sublevación como la de Vendée, que no se olvide, no es sino una de las múltiples que estalla contra la tiranía de la Convención, que en nombre de la libertad, la igualdad, y la fraternidad, no dudó en imponer una dictadura mucho más férrea que la de cualquier monarca absoluto. Los carlistas, por su parte, han de hacer frente a un gobierno que llevaba un año preparándose para la guerra, y que merced al control del estado había depurado de elementos hostiles la milicia y la administración. Algo parecido cabría decir del caso británico, donde los *tories* son excluidos sistemáticamente de todos los puestos de importancia a fin de evitar las consecuencias de sus posibles veleidades jacobitas. En Nápoles, las medidas tomadas por los piamonteses para la represión del *brigantaggio* fueron mucho más duras que las ejercidas por los Borbones contra los liberales, hasta el punto de que las potencias que antes habían condenado el régimen de las Dos Sicilias por su carácter represivo quedaron en una difícil situación a la hora de aceptar la situación creada por la invasión garibaldina.[103]

---

[103] Así lo remarca RIBÓ, *Retrato histórico del Rey de las Dos Sicilias*, pp. 65 y 178: «los que llamaban déspotas a los reyes legítimos de las Dos Sicilias, asesinaron *en treinta días de su dominación* mayor número de hombres que los que castigaron durante más de cien años, los que empuñaron paternalmente el cetro de aquel desgraciado país», que remarca cómo los gobiernos que se quejaban contra los abusos de

2. En segundo lugar, nos hallamos ante una cuestión de mentalidad. Los contrarrevolucionarios son conformistas ante las adversidades del destino y tienen la sensación, al paso de los años, de que se trata de una lucha perdida ante el avance de los siglos, sensación que, evidentemente, no se da tanto en los que mantienen el combate, como entre aquellos que compartiendo los valores de la contrarrevolución se mantienen al margen del conflicto. Nada más lejos de la contrarrevolución que la audacia (salvo marcadas excepciones, que a veces no son producto sino de la irreflexión, como el estallido de la revuelta vandeana de marzo de 1793). Incluso, en muchas ocasiones, es frecuente encontrar personas que combaten porque consideran que tal es su deber, pero convencidas de que el resultado no puede ser otro que la derrota. Coexisten una abnegada capacidad de acumular pequeños sacrificios, y una marcada repugnancia a jugarse el todo por el todo a una sola carta. El consejo de guerra reunido por Carlos Eduardo en Derby, pese a la opinión del príncipe, decide no continuar el avance y retirarse hacia Escocia tan pronto como un espía manifiesta que un inexistente ejército inglés se halla entre ellos y Londres; Don Carlos, ante las puertas de Madrid en 1837, no se decide a intentar un golpe tal vez decisivo y espera del cumplimiento de promesas anteriores de la Reina Gobernadora, o de vagas operaciones militares en torno a la corte, el triunfo que tal vez pudo haberse tomado por sí mismo; los vandeanos tan sólo quieren conservar su tierra, y no se plantean una seria ofensiva sobre el interior de Francia; los oficiales del rey don Miguel, reunidos para tratar sobre la capitulación de Evora-Monte, expresan al monarca que ya han cumplido sus deberes militares, y se niegan a seguirle en una arriesgada incursión por España que, en opinión de Napier, pudo haberle dado la victoria, y ello sin jugarse gran cosa, pues la guerra ya estaba perdida; los napolitanos, contenidos a duras penas en Volturno, no tratan de reanudar la ofensiva antes de la irrupción en su reino de las tropas sardas que habían atravesado los estados pontificios... Y junto a ello, muy probablemente, el caso de los que dando todo por perdido buscaban la muerte en vez de la victoria, lo que tampoco suele servir de excesiva ayuda. En cierta forma, parece que hay miedo ante las grandes oportunidades, es decir, exactamente lo contrario de lo que ocurre en las filas revolucionarias, donde la moral de victoria es permanente, donde una y otra vez en-

---

la monarquía napolitana no lo hacían contra los desmanes de Víctor Manuel: «No podemos comprender semejante aberración ni la extraña táctica de algunas potencias. Cuando existía en Nápoles el gobierno legítimo se le llamaba tirano, si encerraba a los criminales y a los asesinos, a los perturbadores y a los revolucionarios y hoy se llama *gobierno liberal* y se aplaude al que fusila continuamente a los que desean a su Rey legítimo, al que impone las leyes del tormento, al que llena las cárceles de presos políticos, al que manda saquear y quemar poblaciones enteras».

contramos empresas imposibles que acaban en el fracaso (Mina, Porlier, Lacy, Milans del Bosch, Torrijos, Manzanares...), pero que tarde o temprano dan lugar al triunfo. Y ello con un mérito adicional, y es que para muchos de estos revolucionarios la vida que se estaban jugando era la única que tenían, mientras sus oponentes contaban siempre, en el caso de una desgracia, con la esperanza del más allá. En resumidas cuentas, una mentalidad conservadora no suele ser lo mejor para hacer frente a situaciones críticas.

3. La mayor solidaridad entre las potencias y las fuerzas liberales que entre sus oponentes, no deja de ser otra de las más importantes causas de su victoria. Los jacobitas, probablemente quienes a lo largo de su historia contaron con más apoyo, no se puede decir que fueran hombres de suerte, pues cuando no era la flota inglesa quien destruía los buques donde marchaban sus refuerzos, eran los elementos quienes tomaban la iniciativa, hasta el punto que no es de extrañar que Luis XVI afirmase que no quería saber nada de tan desdichada familia, sin saber que peor aún habría de ser su destino. Los monarcas de Europa, observaron sin inmutarse la caída del trono francés, pues sus ojos estaban fijos en un nuevo reparto de Polonia. Los vandeanos, dejados a su suerte, tuvieron aún mayor ventura que los bretones, que contemplaron con horror el desembarco de Quiberon. Don Miguel, cuyos buques eran robados en la propia bahía de Lisboa por la escuadra francesa, cuando no hundidos por aventureros británicos al servicio de don Pedro, tan sólo pudo contar con los buenos deseos iniciales de España, que jamás se atrevió a intervenir de forma tan descarada como los británicos, y que además no tardó en cambiarse de bando. Los carlistas hubieron de hacer frente no sólo a todo el ejército español, equipado con armas extranjeras, sino también a cerca de 30.000 hombres enviados en su contra por las potencias de la Cuádruple Alianza, mientras que las denominadas Potencias del Norte expresaban periódicamente sus buenos deseos (y a veces ofrecían algún dinero) a los defensores de don Carlos. Nápoles, país soberano que en un determinado momento es invadido no ya por unos garibaldinos incontrolados, sino por las tropas de una nación rival, es olvidado por sus aliados, que ven caer su monarquía sin el menor amago de cumplir con sus compromisos. Por contra, a partir de la Revolución Francesa, no hay movimiento revolucionario en Europa que no cuente con una fuerte y descarada ayuda de Inglaterra y, en ocasiones, de Francia.

4. El proliberalismo del ejército juega también un papel importante. El ejército de Jacobo II, siguiendo el ejemplo del general Marlborough, no duda en pasarse a Guillermo de Orange, mientras que los más nobles oficiales del ejército francés, imbuidos de las ideas de la ilustración, se jactaban ante quien quisiera oírles de que jamás utilizarían sus tropas, aunque se lo ordenasen, para reprimir el curso de las primeras jornadas parisinas. Más tarde, cuando tal vez hubieran querido actuar de otra manera, ya no hubo opción.

En Portugal, y a pesar de la depuración de 1828, no parece que don Miguel pudiera confiar plenamente en sus oficiales, pero en cualquier caso es evidente que los más capacitados siguieron la causa de la Reina. En España, si bien no debe olvidarse que el ejército de 1833 es un ejército artificial, surgido de una profunda expurgación de elementos procarlistas, no debemos olvidar que es el ejército quien a través de numerosos pronunciamientos y guerras civiles logró hacer triunfar el liberalismo. En Nápoles ya hemos visto las tribulaciones de un Francisco II, traicionado por los generales en quien había depositado más confianza.

5. Por último, la contrarrevolución no logra encontrar líderes apropiados en el lugar y momento oportuno. Jacobo II, Luis XVI y Francisco II eran probablemente las personas menos indicadas para hacer frente a una situación excepcional, que tal vez un Enrique VIII, un Luis XIV y un Fernando II hubieran resuelto sin excesivas dificultades. Lo mismo cabría decir de don Carlos, que perdió una guerra que tal vez Carlos VII hubiera ganado, pero siempre habrá de señalarse en su favor que, a diferencia de los Borbones franceses y napolitanos, no dudó en presentarse en medio de sus huestes cuando la situación era más desesperada, propiciando así los elogios y el entusiasmo de Chateaubriand: «Cuando la monarquía no se falta a sí misma, jamás la falta el pueblo... Carlos V ha comprendido bien esta situación; ha visto que a un pueblo tan decidido y tan heroico no le faltaba más que la presencia de su Rey, *y el Rey se ha presentado*».[104] Don Miguel, que arrancaba el entusiasmo de sus súbditos allí donde se presentaba, fue incapaz de asumir la dirección de la guerra que le costó el trono, mientras que Carlos Eduardo, un más que notable estratega, no consiguió que sus oficiales le hicieran caso en el momento más decisivo de la campaña de 1745. Para Carlos VII sin duda ya era demasiado tarde. Y si estos eran los monarcas, tampoco con los líderes militares hubo mejor suerte. Ni en Vendée, ni en el alzamiento jacobita de 1715, ni en la guerra civil portuguesa, hubo un solo general legitimista que merezca la pena destacar. Los que tal vez hubieran podido conseguir el triunfo, como Dundee y Zumalacárregui, murieron demasiado pronto para llegar a la victoria, o fueron arrastrados por situaciones completamente excepcionales, como Cabrera tras el Convenio de Vergara. No faltaron tampoco los abandonados por sus reyes, como Sarsfield en Irlanda, o por aquellos que debían haber sido sus colaboradores, como ocurrió con Borges, por más que creamos que en este último caso poco podía hacerse. Tampoco Murray, con toda su pericia táctica, fue capaz de remediar

---

[104] Citado por el Barón de JURAS REALES, *Manifiesto del derecho sagrado con que ciñe la corona de España el señor D. Carlos V de Borbón (que Dios guarde)*, 1836, p. 109. El texto procede de un artículo publicado en la *Gaceta de Francia*.

su error de Derby. En cierto sentido, es muy probable que esta falta de liderazgo sea otra de las consecuencias del pensamiento conservador, más propenso a mantener a jefes mediocres, pero que ocupaban altas posiciones antes del conflicto, y que no darían nunca ninguna sorpresa, puesto que su mediocridad era ya sobradamente conocida, que a emplear las posibles capacidades de nuevos descubrimientos.